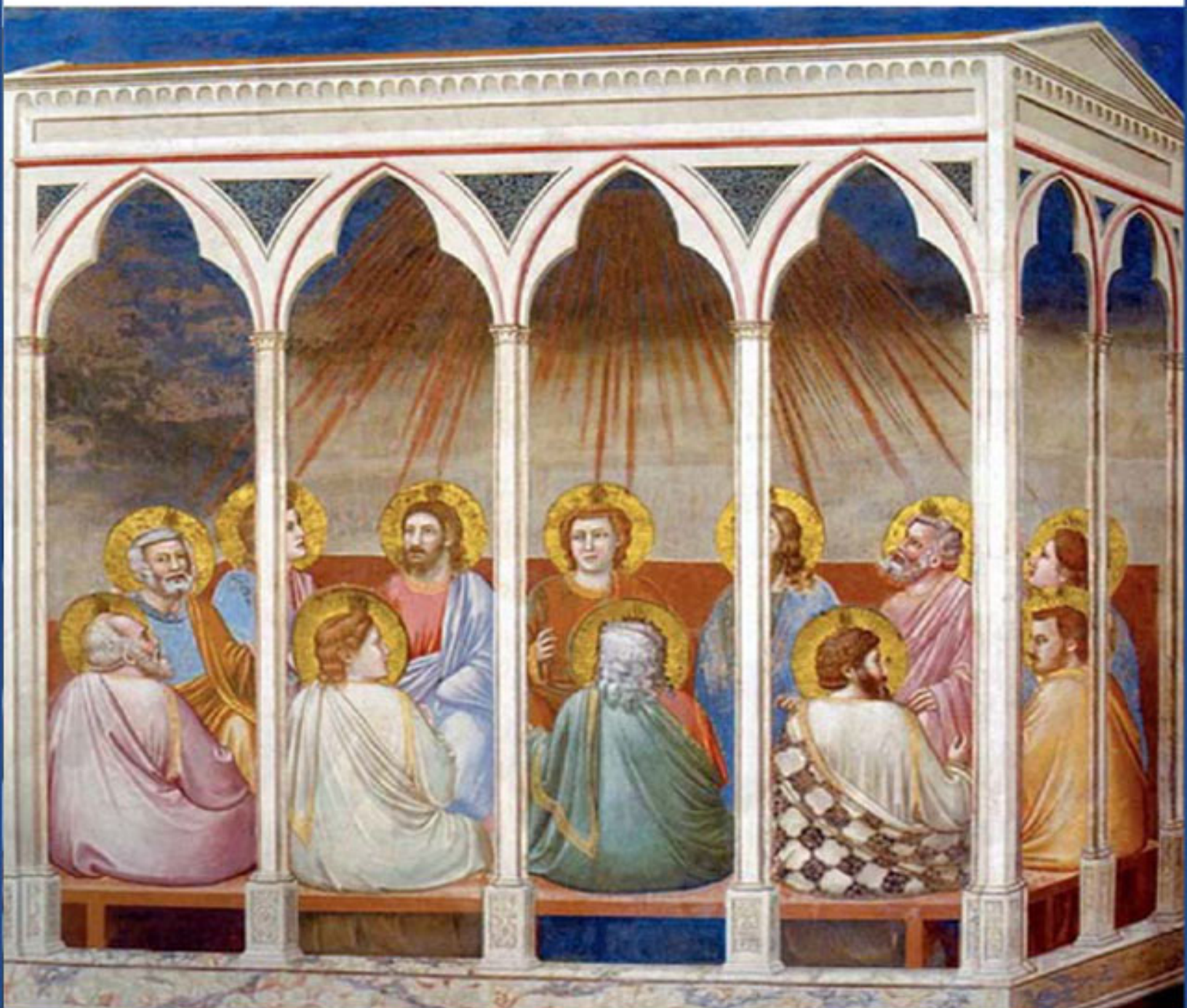


CREO CREEMOS



JAVIER ECHEVARRÍA

JAVIER ECHEVARRÍA

CREO, CREEMOS

Cartas pastorales
a los fieles
de la Prelatura del Opus Dei
durante el Año de la fe (2012-2013)

Copyright 2013
© PRELATURA DEL OPUS DEI

SUMARIO

- Presentación
- Credo (Símbolo niceno-constantinopolitano)
- Introducción
- Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible
- Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho
- Creo en Jesucristo que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen
- Creo en Jesucristo, que se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre
- Creo que Jesucristo, por nuestra salvación, fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado
- Creo que Jesucristo resucitó al tercer día, según las Escrituras
- Creo que Jesucristo subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre
- Creo que Jesucristo de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin
- Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas
- Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica

- Creo en la Iglesia, que es santa, y en la Comunión de los santos
- Creo en la Iglesia, que es apostólica
- Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados
- Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén
- COMPARTIR...

PRESENTACIÓN

Mes a mes, Mons. Echevarría ha hecho eco a la sugerencia del Romano Pontífice para que, durante el Año de la fe, se profundice en el contenido del Credo (cfr. Carta apostólica *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 9). Desde octubre de 2012 a noviembre de 2013 (fechas de comienzo y término de dicho tiempo), ha dedicado sus cartas pastorales mensuales a comentar los artículos del Credo, que se recitan en la Santa Misa los domingos, en las solemnidades litúrgicas y en algunas otras ocasiones especiales.

Al terminar este tiempo de confesión y profundización en la fe recibida y transmitida por la Iglesia, ofrecemos en un solo documento estos comentarios del Prelado del Opus Dei. Siguiendo el magisterio de Benedicto XVI y del Santo Padre Francisco, y aplicando esas enseñanzas a las circunstancias de la vida ordinaria, Mons. Echevarría ofrece una pauta para meditar con frecuencia sobre estas verdades básicas de nuestra fe católica, con la que día a día, sin acostumbramientos ni cansancios, deseamos conformar cada una de nuestras jornadas, en los pensamientos, palabras y obras.

CREDO
(SÍMBOLO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO)

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho;

que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado,

y resucitó al tercer día, según las Escrituras,

y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre;

y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.

Espero la resurrección de los muertos

y la vida del mundo futuro. Amén.

INTRODUCCIÓN

La Iglesia, siguiendo la voz del sucesor de Pedro, desea que todos los fieles reafirmemos nuestra adhesión a Jesucristo, que meditemos con mayor profundidad en las verdades que Dios nos ha revelado, que renovemos el afán cotidiano de seguir con alegría el camino que nos ha marcado, y que a la vez nos esforcemos más por darle a conocer con el apostolado a otras personas. Agradecemos ya desde ahora a la Trinidad Santísima las abundantes ayudas que –estoy seguro– derramará sobre las almas en los próximos meses; nada más lógico, por tanto, que sepamos corresponder a esas bondades del Cielo.

Me propongo referirme cada mes a algún punto de nuestra fe católica para que cada una, cada uno, reflexione sobre ese tema en la presencia de Dios y trate de sacar consecuencias prácticas. Como recomienda el Santo Padre, detengámonos en los artículos de la fe contenidos en el Credo. Porque, se pregunta Benedicto XVI, «¿dónde hallamos la fórmula esencial de la fe? ¿Dónde encontramos las verdades que nos han sido fielmente transmitidas y que constituyen la luz para nuestra vida cotidiana?»¹. El mismo Papa nos ofrece la respuesta: «En el Credo, en la Profesión de fe o Símbolo de la fe nos enlazamos al acontecimiento originario de la Persona y de la historia de Jesús de Nazaret; se hace concreto lo que el Apóstol de los gentiles decía a los cristianos de Corinto: “Os transmití en primer lugar lo que yo también recibí (...)” (1 Cor 15, 3-4)»².

Con ocasión de otro año de la fe, proclamado por Pablo VI en 1967, también san Josemaría nos invitaba a ahondar en el contenido del Credo. Renovemos periódicamente el propósito de ajustarnos a este consejo. Después de recordar una vez más que en el Opus Dei **procuramos siempre y en todo sentir cum Ecclesia, sentir con la Iglesia de Cristo, Madre nuestra**³, añadía: **por eso quiero que recordemos ahora juntos, de un modo necesariamente breve y sumario, las verdades fundamentales del Credo santo de la Iglesia: del depósito que Dios al revelarse le ha confiado**⁴.

Siempre, insisto, pero más especialmente a lo largo de este año, desarrollemos un intenso apostolado de la doctrina. A diario vemos que resulta más necesario, pues hay muchos que se consideran cristianos, e incluso católicos, y no están en condiciones de presentar las razones de su fe a quienes todavía no han recibido el anuncio evangélico, o a quienes conocen deficientemente esas verdades transmitidas por los Apóstoles y que la Iglesia conserva fielmente.

Benedicto XVI ha manifestado su anhelo de que este año sirva a todos para «profundizar en las verdades centrales de la fe acerca de Dios, del hombre, de la Iglesia, de toda la realidad social y cósmica, meditando y reflexionando en las afirmaciones del Credo. Y desearía que quedara claro –proseguía– que estos contenidos o verdades de la fe (*fides quæ*) se vinculan directamente a nuestra *cotidianidad*; piden una conversión de la existencia, que da vida a un nuevo modo de creer en Dios (*fides qua*). Conocer a Dios, encontrarle, profundizar en los rasgos de su rostro, pone en juego nuestra vida, porque Él entra en los dinamismos profundos del ser humano»⁵.

Son dos aspectos inseparables: adherirse a las verdades de la fe con la inteligencia, y esforzarse con la voluntad para que informen plenamente nuestras acciones, hasta las más pequeñas, y especialmente los deberes propios de la condición de cada uno. Como escribió nuestro Fundador, ***tanto a la moción y a la luz de la gracia, como a la proposición externa de lo que debe creerse, se ha de obedecer en un supremo y liberador acto de libertad. No se favorece la obediencia a la acción íntima del Espíritu Santo, en el alma, impugnando la obediencia a la proposición externa y autorizada de la doctrina de la fe***⁶.

La consecuencia es clara: hemos de querer y de esforzarnos para conocer más y mejor la doctrina de Cristo, y así transmitirla a otras personas. Lo conseguiremos, con la ayuda de Dios, deteniéndonos a meditar atentamente los artículos de la fe. No basta un aprendizaje teórico, sino que es preciso «descubrir el vínculo profundo entre las verdades que profesamos en el Credo y nuestra existencia cotidiana, a fin de que estas verdades sean –como siempre lo han sido– luz para los pasos de nuestro vivir, agua que rocía las sequedades de nuestro camino, vida que vence ciertos desiertos de la vida contemporánea. En el Credo se injerta la vida moral del cristiano, que ahí encuentra su fundamento y su justificación»⁷.

Recemos con piedad o meditemos esta profesión de fe, pidiendo luces al Paráclito para amar y familiarizarnos más con estas verdades.

Por eso, en nuestras conversaciones apostólicas, así como en las charlas de doctrina cristiana a quienes se acercan a la labor de la Prelatura, no cesemos de recurrir al estudio y repaso del *Catecismo de la Iglesia Católica* o de su *Compendio*. E igualmente los sacerdotes acudamos con perseverancia a esos documentos en nuestras meditaciones y pláticas. Así todos trataremos de confrontar nuestra existencia diaria con esos puntos de referencia contenidos en el *Catecismo*. Muchas veces viene a mi memoria la reiterada lectura que san Josemaría hacía del catecismo de san Pío V –no existía entonces el actual–, y también del catecismo de san Pío X, que recomendaba a quienes le escuchaban en sus conversaciones.

CREO EN UN SOLO DIOS, PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL
CIELO Y DE LA TIERRA, DE TODO LO VISIBLE Y LO INVISIBLE

*Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible*⁸. El primer artículo del Credo expresa la fe de la Iglesia en la existencia de un Dios personal, creador y conservador de todas las cosas, que gobierna el universo entero, y especialmente a los hombres, con su providencia. Ciertamente, ***cuando se mira con ojos limpios, todo habla a gritos de este Dios y Creador nuestro. El Señor que premió a Pedro –por su fe–, haciéndole Cabeza de su Iglesia Santa (cfr. Mt 16, 13-19), nos premia también a los cristianos creyentes con una claridad nueva: en efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos –entre los creyentes–, pues Dios se lo declaró; porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas (cfr. Rm 1, 20)***⁹. Os sugiero, como ya os escribí, que recitéis el Credo con fe nueva, que lo proclaméis con alegría, y que os refugiéis en esas verdades tan imprescindibles para los cristianos.

Todos conocemos que, a consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó herida profundamente, por lo que se hizo difícil que los hombres pudieran conocer con claridad y sin mezcla de error, con las solas fuerzas de la razón natural, al único verdadero Dios¹⁰. Y por eso mismo, Dios, en su bondad y misericordia infinitas, fue revelándose progresivamente a lo largo del Antiguo Testamento hasta que, por medio de Jesucristo, llevó a cabo la plenitud de la revelación. Enviando a su Hijo en la carne, nos ha manifestado claramente no sólo las verdades que el pecado había ofuscado, sino la intimidad de su propia vida divina. En el seno de la única naturaleza divina, subsisten desde la eternidad tres Personas realmente distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, unidas indisolublemente en una maravillosa e inexpresable comunión de amor. «El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos

los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina»¹¹. «Es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los “misterios escondidos en Dios que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto” (Conc. Vaticano I: DS 3015)»¹².

La revelación de su vida íntima, para hacernos participar de ese tesoro mediante la gracia, constituye el regalo más precioso con el que nos ha favorecido el Señor. Un don completamente gratuito, fruto exclusivo de su bondad. Resulta lógica, pues, la recomendación de nuestro Fundador: ***con espíritu de adoración, de contemplación amorosa y de alabanza, hemos de rezar siempre el Credo***¹³.

Pido a san Josemaría que nos empeñemos en pronunciar la palabra *credo*, creo, con la pasión santa con que la repetía en muchas ocasiones a lo largo de la jornada. También nos aconsejaba: ***aprende a alabar al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una especial devoción a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo; amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Creo, espero y amo a la Trinidad Beatísima***¹⁴. Y continuaba: ***hace falta esta devoción como un ejercicio sobrenatural del alma, que se traduce en actos del corazón, aunque no siempre se vierta en palabras***¹⁵. ¿Sacamos partido de esas recomendaciones? ¿Queremos “creer” como Dios espera que lo hagamos? ¿Nos aporta seguridad este creer en Dios omnipotente y eterno?

El primer artículo del Credo constituye la roca firme sobre la que se basan la fe y la conducta cristiana. Como decía Benedicto XVI la víspera de inaugurar el Año de la fe, «debemos aprender la lección más sencilla y fundamental del Concilio [Vaticano II], es decir, que el cristianismo en su esencia consiste en la fe en Dios, que es Amor trinitario, y en el encuentro, personal y comunitario, con Cristo que orienta y guía la vida: todo lo demás se deduce de esto (...). El Concilio nos recuerda que la Iglesia, en todos sus componentes, tiene la tarea, el mandato, de transmitir la palabra del amor de Dios que salva, para que sea escuchada y acogida la llamada divina que contiene en sí nuestra bienaventuranza eterna»¹⁶.

Resulta, pues, necesario profundizar más y más en el primer artículo de la fe. ***¡Creo en Dios!***: esta primera afirmación se alza como la más fundamental. Todo el símbolo habla de Dios y, si se refiere también al

hombre y al mundo, lo hace por su relación a Dios. Los demás artículos de esa profesión de fe dependen del primero: nos empujan a conocer mejor a Dios tal como se reveló progresivamente a los hombres. En consecuencia, por contener algo tan fundamental, resulta necesario que no admitamos ningún género de cansancio para comunicarlo a otros. Como os recordaba al comienzo de estas líneas, no nos faltará la ayuda divina para cumplir esta tarea.

Durante el mes de noviembre, la liturgia nos invita a considerar de modo especial las verdades eternas. Con san Josemaría os repito: ***es preciso que no perdamos nunca de vista ese fin sublime al que hemos sido destinados. ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde el alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? (Mt 16, 26). Único es nuestro último fin, de hecho sobrenatural, que recoge, perfecciona y eleva nuestro fin natural, porque la gracia supone, recoge, sana, levanta y engrandece la naturaleza***¹⁷.

Convenzámonos de que vivir el Credo, integrarlo en toda nuestra existencia, nos hará entender mejor y amar más nuestra estupenda dependencia de Dios, saborear la alegría incomparable de ser y de sabernos hijos suyos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda que la fe comporta consecuencias inmensas para nuestra vida. Nos impulsa, en primer lugar, a reconocer la grandeza y majestad de Dios, adorándole; a permanecer en una constante actitud de acción de gracias por sus beneficios; a valorar la verdadera dignidad de todos los hombres y mujeres, creados a imagen y semejanza de Dios y, por eso, dignos de veneración y respeto; a usar rectamente de las cosas creadas que el Señor ha puesto a nuestro servicio; a confiar en Él en todas las circunstancias, y especialmente en las adversas¹⁸.

«Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles –como es este mundo en el que pasamos nuestra breve vida– y de las cosas invisibles –como son los espíritus puros que llamamos también ángeles– y también creador, en cada hombre, del alma espiritual e inmortal»¹⁹. Así comenzaba Pablo VI el *Credo del Pueblo de Dios* en 1968, al concluir el año de la fe que había convocado para conmemorar el XIX centenario del martirio de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.

Consciente de la riqueza inagotable contenida en la revelación, y asistida constantemente por el divino Paráclito, la Iglesia ha ido

profundizando con la razón en el misterio de la Trinidad. Gracias al esfuerzo de generaciones de santos –Padres y Doctores de la Iglesia–, ha logrado iluminar de algún modo este gran misterio de nuestra fe, ante el que –como decía nuestro Padre– “nos pasmamos” a diario, al tiempo que deseamos aumentar nuestro trato con cada una de las tres Personas divinas.

«Dios es único pero no solitario»²⁰, afirma un antiquísimo símbolo de la fe. Al comentarlo, el *Catecismo de la Iglesia Católica* explica que esto es así porque «“Padre”, “Hijo”, “Espíritu Santo” no son simplemente nombres que designan modalidades del ser divino, pues son realmente distintos entre sí: “El que es el Hijo no es el Padre, y el que es el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo el que es el Padre o el Hijo”»²¹. No imagináis qué gozo experimentó nuestro Fundador, en Marsella, al ver en un dibujo, sobre una piedra tallada, la referencia a la Trinidad, que quiso colocar en la Cripta de la Iglesia prelatia.

CREO EN UN SOLO SEÑOR, JESUCRISTO, HIJO ÚNICO DE DIOS,
NACIDO DEL PADRE ANTES DE TODOS LOS SIGLOS: DIOS DE DIOS,
LUZ DE LUZ, DIOS VERDADERO DE DIOS VERDADERO,
ENGENDRADO, NO CREADO, DE LA MISMA NATURALEZA DEL PADRE,
POR QUIEN TODO FUE HECHO

Continúo ahora con el segundo artículo del Credo. *Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho*²².

En Dios, la generación es absolutamente espiritual. Por eso, «por analogía con el proceso gnoseológico de la mente humana, por el que el hombre, conociéndose a sí mismo, produce una imagen de sí mismo, una idea, un “concepto” (...), que del latín *verbum* es llamada con frecuencia verbo interior, nosotros *nos atrevemos a pensar en la generación del Hijo* o “concepto” eterno y Verbo interior de Dios. Dios, conociéndose a Sí mismo, engendra al Verbo-Hijo, que es Dios como el Padre. En esta generación, Dios es –al mismo tiempo– Padre, como el que engendra, e Hijo, como el que es engendrado, en la suprema identidad de la Divinidad, que excluye una pluralidad de “dioses”. El Verbo es el Hijo de la misma naturaleza del Padre y es con Él el Dios único de la revelación del Antiguo y del Nuevo Testamento»²³. No me detengo ahora en la Persona del Espíritu Santo, único Dios con el Padre y con el Hijo.

Ciertamente no resulta posible eliminar la oscuridad que encuentra nuestra mente, al pensar en Aquel *que habita en una luz inaccesible*²⁴. Ni la inteligencia de los hombres, ni la de los ángeles, ni la de cualquier otra criatura, es capaz de comprender la inagotable Esencia divina: *si lo comprendes, no es Dios*, expresa un conocido aforismo. Sin embargo, nuestras almas, creadas por Dios y para Dios, tienen ansias de conocer

mejor a su Creador y Padre, para amarle y glorificarle más; de ver a la Trinidad y gozar de su presencia eterna.

A este propósito, Benedicto XVI nos anima a los creyentes a no conformarnos nunca con el conocimiento de Dios que hayamos podido alcanzar. «Las alegrías más verdaderas –decía en una reciente audiencia– son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes –querer un bien más alto, más profundo– y a percibir cada vez con mayor claridad que nada finito puede colmar nuestro corazón. Aprenderemos así a tender, desarmados, hacia ese bien que no podemos construir o procurarnos con nuestras fuerzas, a no dejarnos desalentar por la fatiga o los obstáculos que vienen de nuestro pecado»²⁵.

San Ireneo de Lyon, uno de los primeros Padres que se esforzó por penetrar en el misterio de la acción creadora de la Trinidad, explicaba que «sólo existe un Dios (...): es el Padre, es Dios, es el Creador, es el Autor, es el Ordenador. Ha hecho todas las cosas *por sí mismo*, es decir, por su Verbo y por su Sabiduría, “por el Hijo y el Espíritu”»²⁶. Y, acudiendo a un modo gráfico, metafórico, de expresarse –pues no cabe ninguna desigualdad entre las Personas divinas–, añadía que el Hijo y el Paráclito son como las “manos” del Padre en la creación. Así lo recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que concluye: «La creación es obra común de la Santísima Trinidad»²⁷. En esta absoluta unidad de acción, la obra creadora se atribuye a cada Persona divina según lo propio de cada una. Y así se dice que corresponde al Padre como Principio último del ser, al Hijo como Modelo supremo, y al Espíritu Santo como Amor que impulsa a comunicar bienes a las criaturas.

Meditemos, hijas e hijos míos, con actitud de profunda adoración, estas grandes verdades. Y os insisto en que roguemos a Dios, como aconsejaba san Josemaría, que tengamos necesidad de tratar a cada una de las Personas divinas, distinguiéndolas.

*En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (...). Todo se hizo por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho*²⁸. En Dios Hijo, con el Padre y el Espíritu Santo, en la omnipotencia, sabiduría y amor del único Dios, está el origen y el fin último de todas las criaturas, espirituales y materiales, y especialmente de los hombres y las mujeres.

Es tan grande la bondad de Dios, que quiso crear a nuestros primeros padres a su imagen y semejanza²⁹, y marcó en ellos y en sus descendientes una profunda huella, una participación de la Sabiduría increada que es el Verbo, al infundir en sus almas la inteligencia y la voluntad libre. Sin embargo, son muchos los que lo desconocen, o lo ignoran, o lo ponen como entre paréntesis, pretendiendo colocar al hombre en el centro de todo. ¡Cómo dolía a nuestro Padre esa paupérrima visión de algunas gentes! Así lo comentaba, por ejemplo, durante una reunión familiar al comenzar el año 1973, haciendo en voz alta su oración personal. ***Algunos pretenden una Iglesia antropocéntrica, en vez de teocéntrica. Es una pretensión absurda. Todas las cosas han sido hechas por Dios y para Dios: ómnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil, quod factum est (Jn 1, 3). Es un error, tremendo, convertir al hombre en el pináculo de todo. No vale la pena trabajar para el hombre, sin más. Debemos trabajar para el hombre, pero por amor de Dios. Si no, no se hace nada de provecho, no se puede perseverar***³⁰.

El Señor espera de los cristianos que volvamos a alzarle –con la oración, con el sacrificio, con el trabajo profesional santificado– sobre la cima de todas las actividades humanas; que procuremos que reine en lo más profundo de los corazones; que vivifiquemos con su doctrina la sociedad civil y sus instituciones. ***De nosotros depende en parte*** –os repito con san Josemaría– ***que muchas almas no permanezcan ya en tinieblas, sino que caminen por senderos que llevan hasta la vida eterna***³¹. ¿Con qué piedad rezamos la oración de las Preces *Ad Trinitátem Beatíssimam*? ¿Cómo le damos gracias por su perfección infinita? ¿Cómo amamos hondamente este misterio central de la fe y, por tanto, de nuestra vida?

«Sabemos que en la Biblia la Palabra de Dios está en el origen de la creación: todas las criaturas, desde los elementos cósmicos –sol, luna, firmamento– obedecen a la Palabra de Dios, existen en cuanto han sido “llamados” por ella. Este poder creador de la Palabra de Dios se ha concentrado en Jesucristo, el Verbo hecho carne, y pasa también a través de sus palabras humanas, que son el verdadero “firmamento” que orienta el pensamiento y el camino del hombre en la tierra»³². Meditemos, pues, con frecuencia, las palabras de Cristo que se recogen en el Evangelio y, en general, en todo el Nuevo Testamento. Procuremos sacar luces nuevas de esa consideración, para aplicarlas a nuestra existencia cotidiana. Os sugiero

que, conforme al ejemplo de nuestro Padre, cada tiempo de meditación sea un diálogo vivido con esfuerzo: el Señor nos ve, nos oye, está con nosotros, hijas e hijos suyos.

No olvidemos que, a partir del día 17, la Iglesia entona las llamadas *antífonas mayores*, con las que se prepara de modo inmediato para la Natividad del Señor. La primera es ésta: *Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad: ven y muéstranos el camino de la salvación*³³. Es una apremiante invocación al Verbo encarnado, cuyo nacimiento de la Virgen María estamos a punto de conmemorar. Porque «la Sabiduría que nace en Belén es la Sabiduría de Dios (...), es decir, un designio divino que por largo tiempo permaneció escondido y que Dios mismo reveló en la historia de la salvación. En la plenitud de los tiempos, esta Sabiduría tomó un rostro humano, el rostro de Jesús»³⁴.

Preparémonos con fe para esta gran fiesta, que es la fiesta de la alegría por antonomasia. Vivámosla con toda la humanidad. Vivámosla con todos los fieles de la Obra. Acudamos a esta cita con la firme decisión de contemplar la grandeza infinita y la humildad de Jesucristo, que tomó nuestra naturaleza –otra manifestación de cómo nos ama–, y no nos cansemos de mirar a María y a José, maestros estupendos de oración, de amor a Dios.

La Palabra que se hace carne es el Verbo eterno de Dios, que nos ha ganado la condición de ser en Él hijos de Dios: *mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!*³⁵. Y comenta san Josemaría: ***hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Jn 1, 4). Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne***³⁶. Deseo que no faltemos a esta cita de la celebración de la llegada de Dios a la tierra: consideremos en esos días cómo es nuestro empeño por mejorar el estar con Jesús, el vivir con Jesús, el ser de Jesús.

CREO EN JESUCRISTO QUE POR NOSOTROS, LOS HOMBRES, Y POR
NUESTRA SALVACIÓN BAJÓ DEL CIELO, Y POR OBRA DEL ESPÍRITU
SANTO SE ENCARNÓ DE MARÍA, LA VIRGEN

A lo largo de las santas fiestas de la Navidad, nos hemos acercado muchas veces a la gruta de Belén para contemplar a Jesús en brazos de su Madre. Hemos ido para adorarle, movidos también por el deseo de representar de algún modo a la humanidad entera. Y hoy, al comenzar el nuevo año, leemos con emoción en la segunda lectura de la Misa unas palabras de san Pablo: *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*³⁷.

En nuestras almas crece el afán de comunicar a todo el mundo esta *buena nueva*, como repetía, ¡con novedad!, nuestro Padre, al llegar estas fiestas del nacimiento del Señor. ***Querríamos que le trataran muy bien en todos los rincones, que le recibieran con cariño en el mundo entero. Y habremos procurado cubrir el silencio indiferente de los que no le conocen o no le aman, entonando villancicos, esas canciones populares que cantan pequeños y grandes en todos los países de vieja tradición cristiana. ¿Os habéis fijado que siempre hablan de ir a ver, a contemplar, al Niño Dios? Como los pastores, aquella noche venturosa: vinieron a toda prisa, y hallaron a María y a José y al Niño reclinado en el pesebre (Lc 2, 16)***³⁸.

Llenos de asombro, hemos contemplado en los días pasados esta gran manifestación de la benevolencia divina. ¡No cesemos de asombrarnos! ***Es preciso mirar al Niño, Amor nuestro, en la cuna. Hemos de mirarlo sabiendo que estamos delante de un misterio. Necesitamos aceptar el misterio por la fe y, también por la fe, ahondar en su contenido***³⁹. Por eso, además de imitar a los pastores que acudieron con prontitud a la gruta, podemos fijarnos en el ejemplo de los Magos, a quienes recordaremos en la próxima solemnidad de la Epifanía. Gracias a su fe humilde, aquellos

hombres superaron las dificultades que encontraron en su prolongado viaje. Dios iluminó sus corazones para que, en la luz de una estrella, descubrieran el anuncio del nacimiento del Mesías. Fueron dóciles, y esa disponibilidad les condujo hasta Belén. Allí, entrando en el lugar donde se alojaba la Sagrada Familia, *vieron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra*⁴⁰.

Seamos también nosotros dóciles a las mociones de la gracia, que nos llega por medio de los sacramentos; también en la oración personal, al meditar las escenas del evangelio, y al aceptar de buen grado los consejos de la dirección espiritual, tratando de ponerlos en práctica. Resulta totalmente lógica la exhortación de santo Tomás de Aquino: «Debido a la debilidad de la mente humana, y del mismo modo que necesita ser conducida al conocimiento de las cosas divinas, así requiere también ser conducida al amor como de la mano, por medio de algunas cosas sensibles que nos resultan fácilmente conocidas. Y entre éstas, la principal es la Humanidad de Jesucristo, según lo que decimos en el Prefacio de Navidad: “Para que conociendo a Dios visiblemente, seamos por Él arrebatados al amor de las cosas invisibles”»⁴¹.

El Credo de la Misa expone con suma sencillez el misterio de la Encarnación redentora, al confesar que el Hijo de Dios, *por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre*⁴². En estas pocas palabras, que pronunciamos o cantamos acompañadas de una inclinación profunda, se narra el acontecimiento central de la historia, que nos ha abierto las puertas del Cielo. En ese texto, como en una filigrana, se escucha el eco de las tres narraciones de la Encarnación que nos transmiten los evangelios. San Mateo, al relatar la anunciación del misterio a san José, pone en boca del ángel los mismos términos referentes al Hijo de la Virgen María: *le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados*⁴³. La encarnación y el nacimiento de Jesús manifiestan la infinita bondad divina: como no podíamos volver a Dios por nuestras propias fuerzas, a causa del pecado —el original y los personales—, Él salió a nuestro encuentro: *tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*⁴⁴. Os recuerdo aquella consideración de nuestro Padre, con la que nos urgía a

vivir una fe actual, profunda: ***se termina perdiendo la fe, si no nos quedamos pasmados ante los misterios de Dios***⁴⁵. ¿Cuidamos con delicadeza el trato con Jesús? ¿Agradecemos esa omnipotencia del Señor que reclama nuestra sumisión, como prueba de amor?

*Verbum caro factum est*⁴⁶. El Verbo de Dios no sólo se ha acercado para hablarnos, como antes en el Antiguo Testamento, sino que se ha hecho uno de nosotros, descendiente de Adán y Eva, al tomar carne y sangre de la Virgen María; igual en todo a nosotros excepto en el pecado⁴⁷. Ha querido venir al mundo para enseñarnos ***que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas***⁴⁸, y nos insta a que los recorramos santamente, con perfección sobrenatural y humana. ¡Qué infinita y maravillosamente se nos acerca el *Dios con nosotros!*

San Lucas, al narrar la anunciación a Nuestra Señora, recoge la conversación del Arcángel Gabriel con María, explicándole el designio de Dios: *el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios*⁴⁹. En Santa María converge la mirada amorosa de las tres Personas divinas, que la habían elegido desde la eternidad para ser la auténtica arca de la alianza, el refugio de los pecadores, porque en su seno purísimo iba a tomar carne humana el Hijo de Dios. Su respuesta inmediata y decidida – *fiat mihi secundum verbum tuum*⁵⁰, hágase en mí según tu palabra– abrió paso a este gran y consolador misterio. Cada día, al recitar el Ángelus, conmemoramos ese momento singular de la historia de la salvación. ¿Con qué devoción surge nuestro rezo? ¿Damos gracias a Nuestra Señora desde el fondo del alma, por su entrega total al cumplimiento del designio divino? Saboreemos más y más la consideración de san Josemaría: ***¡oh Madre, Madre!: con esa palabra tuya –“fiat”– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de su gloria. –¡Bendita seas!***⁵¹.

Todas estas razones, y muchas más que cabría enumerar, se pueden resumir en una sola: «El Verbo se encarnó *para hacernos “partícipes de la naturaleza divina”* (2 Pe 1, 4): “Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que el hombre, al entrar en comunión con el Verbo, y recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios”»⁵².

Jesucristo es realmente la Segunda Persona de la Santísima Trinidad: el Hijo del eterno Padre que ha asumido verdaderamente nuestra naturaleza humana, sin dejar de ser Dios. Jesús no es un ser en parte divino y en parte humano, como una mezcla imposible de la divinidad y la humanidad. Es *perféctus Deus, perféctus homo*, como proclamamos en el *Quicumque* o Símbolo Atanasiano. Esforcémonos por adentrarnos a fondo en esta verdad; pidamos al Paráclito que nos ilumine para captarla con más hondura, convirtiéndola en vida de nuestra vida, y para comunicarla con santo entusiasmo a los demás. No olvidemos que hemos de manifestar en todo momento, en cualquier circunstancia, el orgullo santo de ser hermanos de Jesús, hijos de Dios Padre en Cristo.

Considerémoslo una vez más: «La fe verdadera consiste en que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre. Es Dios, engendrado de la misma sustancia del Padre antes del tiempo; y hombre, engendrado de la sustancia de su Madre Santísima en el tiempo. Perfecto Dios y perfecto hombre: que subsiste con alma racional y carne humana. Es igual al Padre según la divinidad; menor que el Padre según la humanidad. Y, aunque es Dios y hombre, no son dos Cristos, sino un solo Cristo. Uno, no por conversión de la divinidad en cuerpo, sino por asunción de la humanidad en Dios. Uno absolutamente, no por confusión de sustancia, sino en la unidad de la persona»⁵³.

Evidentemente nos encontramos ante un misterio tan esplendoroso que la razón queda deslumbrada al considerarlo. Sucede –y la analogía se queda muy pobre– como cuando alguien intenta mirar directamente al sol y debe apartar los ojos porque no cabe resistir a tanta luz. Ante el misterio de la Encarnación, no hay más alternativa que la que señalaba nuestro Padre: ***hacen falta las disposiciones humildes del alma cristiana: no querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres***⁵⁴.

CREO EN JESUCRISTO, QUE SE ENCARNÓ DE MARÍA, LA VIRGEN, Y
SE HIZO HOMBRE

Precisamente en la gruta de Belén se manifiesta no sólo la infinita caridad de Dios a sus criaturas, sino también su insondable humildad. Ese Niño que emite sus primeros vagidos, que tiene frío, que está necesitado del calor de María y de José, es el Dios todopoderoso y eterno, que, sin abandonar el Cielo para venir a la tierra, quiso despojarse de la gloria de su divinidad: *siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres*⁵⁵. Ante tan maravillosa realidad, se entiende que nuestro Padre exclamara con frecuencia: ***¿por qué me quieres tanto, Señor?***

«La paradoja cristiana –comenta Benedicto XVI– consiste precisamente en la identificación de la Sabiduría divina, es decir, el *Logos* eterno, con el hombre Jesús de Nazaret y con su historia. No hay solución a esta paradoja, si no es en la palabra “Amor”, que en este caso naturalmente se debe escribir con “A” mayúscula, pues se trata de un Amor que supera infinitamente las dimensiones humanas e históricas»⁵⁶.

Para que quedase claro que la humildad resulta imprescindible para recibir la luz de la Encarnación, la Escritura nos cuenta que los primeros testigos del anonadamiento divino –aparte de María y de José– fueron unos pobres pastores que velaban sus rebaños en los alrededores de Belén; gente llana y poco considerada por los demás. El Señor se fijó en ellos porque «lo que atrae la benevolencia de Dios es sobre todo la humildad del corazón»⁵⁷. El mismo Jesús, años más tarde, dará gracias a su Padre celestial: *porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien*⁵⁸.

También los Magos reconocieron al Mesías porque fueron sencillos, generosamente atentos al signo divino. ***Nuestro Señor se dirige a todos los hombres, para que vengan a su encuentro, para que sean santos. No llama sólo a los Reyes Magos, que eran sabios y poderosos; antes había***

*enviado a los pastores de Belén, no ya una estrella, sino uno de sus ángeles (cfr. Lc 2, 9). Pero, pobres o ricos, sabios o menos sabios, han de fomentar en su alma la disposición humilde que permite escuchar la voz de Dios*⁵⁹.

Recuerdo con emoción las veces que san Josemaría ponía ante nuestros ojos la escena del nacimiento del Señor. Hablaba de la *cátedra de Belén*, donde Jesús Niño nos imparte muchas lecciones; entre otras, y especialmente, la de la humildad, para que aprendamos a rendir nuestro orgullo y nuestra soberbia, contemplando al divino Infante. Admiraremos además que, al fijarse en la Virgen María para hacerla Madre suya, le atrajo –hablando a lo humano– especialmente su humildad, su bajeza: *porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*⁶⁰.

Esta disposición, que hemos de pedir al Señor, no excluye la aspiración a lograr más eficacia en la tarea que nos ocupa a cada uno, poniendo todos los medios humanos a nuestro alcance para mejorar, para honrar a Dios con nuestro quehacer. Al contrario, como expone el Santo Padre, «se trata de estudiar, de profundizar en los conocimientos manteniendo un espíritu de “pequeños”, un espíritu humilde y sencillo, como el de María, la “Sede de la Sabiduría”. ¡Cuántas veces hemos tenido miedo de acercarnos a la cueva de Belén porque estábamos preocupados de que pudiera ser obstáculo para nuestro espíritu crítico y para nuestra “modernidad”! En cambio, en esa cueva cada uno de nosotros puede descubrir la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, sobre sí mismo. En ese Niño, nacido de la Virgen, ambas verdades se han encontrado: el anhelo de la vida eterna por parte del hombre enterneció el corazón de Dios, que no se avergonzó de asumir la condición humana»⁶¹.

Al considerar el inmenso amor de Dios a los hombres, que se manifiesta sobre todo en el misterio de la Encarnación, *nos quedamos removidos*: así comienza nuestro Padre su homilía “Hacia la santidad”⁶², y pienso que también nosotros deseamos asumir esa disposición interior al recitar el Credo. ¡Con qué gratitud lo confesamos, al afirmar que el Verbo eterno de Dios tomó carne en el seno de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre! Al compás de estas palabras nos inclinamos profundamente –en dos ocasiones al año, nos arrodillamos–, «porque el velo que escondía a Dios, por decirlo así, se abre y su misterio insondable e

inaccesible nos toca: Dios se convierte en el Emmanuel, “Dios con nosotros”. Cuando escuchamos las Misas compuestas por los grandes maestros de música sacra –decía el Santo Padre en una reciente audiencia– (...) notamos inmediatamente cómo se detienen de modo especial en esta frase, casi queriendo expresar con el lenguaje universal de la música aquello que las palabras no pueden manifestar: el misterio grande de Dios que se encarna, que se hace hombre»⁶³.

En las semanas anteriores, hemos seguido los pasos de Jesús en la tierra ayudados por la liturgia: primero en el taller de Nazaret y luego por los caminos de Judea y Galilea. Os sugiero que ahora, al meditar en este gran misterio del Dios hecho hombre, nos detengamos en los diversos momentos de la vida terrena del Señor. Porque Jesús no sólo tuvo un verdadero nacimiento humano en Belén, sino que anduvo entre nosotros durante más de treinta años, conduciendo una existencia plenamente humana. San Josemaría nos movía a agradecerle que haya tomado nuestra carne, asumirla con todas sus consecuencias; e insistía: ***Dios no se ha vestido de hombre: se ha encarnado***⁶⁴. El Concilio Vaticano II nos recuerda que el Hijo de Dios «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado»⁶⁵.

Mientras pensamos en la vida del Señor, es muy importante «recuperar el asombro ante este misterio, dejarnos envolver por la grandeza de este acontecimiento: Dios, el verdadero Dios, Creador de todo, recorrió como hombre nuestros caminos, entrando en el tiempo del hombre, para comunicarnos su misma vida (cfr. 1 Jn 1, 1-4)»⁶⁶. Ahondemos, pues, con el auxilio de la gracia, en las consecuencias de ese hacerse Dios hombre perfecto: Jesús nos da ejemplo de cómo comportarnos en todo momento –de acuerdo con la dignidad que nos ha alcanzado– como verdaderos hijos de Dios. Durante el año litúrgico, rememoraremos nuevamente, con un sentido nuevo, sus principales enseñanzas. Tratemos de asimilarlas personalmente, procurando reproducirlas en nuestra existencia cotidiana: éste es el camino seguro –no hay otro– para alcanzar la santidad a la que el Señor llama a todos los cristianos. Él mismo señaló en el Evangelio: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (...); nadie va al Padre si no es a través de mí*⁶⁷.

Desde muy joven, a quienes se acercaban a su labor pastoral –y a los que él mismo buscaba para llevarlos al Señor, porque no caben pausas en el apostolado–, san Josemaría les mostraba la senda para seguir a Cristo en la vida ordinaria. Dios le concedió una luz especial para descubrir el contenido salvífico de la existencia de Cristo en Nazaret, que –como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*– «permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana»⁶⁸. Lo afirmó expresamente Benedicto XVI al reconocer que en la conducta y en los escritos de nuestro Fundador brilla con fuerza particular un rayo de la luz divina contenida en el Evangelio, precisamente por haber enseñado que la santidad puede y debe alcanzarse en las circunstancias normales de la existencia cristiana⁶⁹, compuesta de horas de trabajo, de dedicación a la familia, de relaciones profesionales y sociales...

En efecto, Dios puso en el corazón de san Josemaría ***el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana***⁷⁰. Y le iluminó para fundar el Opus Dei, *camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano*⁷¹. Su espíritu es una guía segura para quienes desean encontrar a Cristo, ir tras de Él y amarle en medio de los afanes terrenos, en todas las encrucijadas de la tierra.

El misterio de la Encarnación nos habla de la entrega de Dios a toda la humanidad. El Verbo divino, «haciéndose carne, quiso hacerse don para los hombres, se dio a sí mismo por nosotros (...), asumió nuestra humanidad para darnos su divinidad. Éste es el gran don. También en nuestro donar – explica el Santo Padre– no es importante que un regalo sea más o menos costoso; quien no logra dar un poco de sí mismo, dona siempre demasiado poco. Es más, a veces se busca precisamente sustituir el corazón y el compromiso de la entrega de sí mismo con el dinero, con cosas materiales. El misterio de la Encarnación indica que Dios no ha hecho así: no ha donado algo, sino que se ha dado a sí mismo en su Hijo unigénito»⁷². Y lo mismo espera de cada una, de cada uno.

CREO QUE JESUCRISTO, POR NUESTRA SALVACIÓN, FUE CRUCIFICADO
EN TIEMPOS DE PONCIO PILATO; PADECIÓ Y FUE SEPULTADO

Al hilo de las sugerencias de la Carta apostólica *Porta fidei*, avancemos en la consideración de los artículos del Credo en este Año de la fe. Os invito a profundizar en otra de las verdades que confesamos cada domingo. Después de manifestar nuestra fe en la Encarnación, se nos impulsa a recordar la Pasión, Muerte y Sepultura de Nuestro Señor Jesús: hechos históricos realmente sucedidos en un lugar y en un tiempo determinados, como certifican no sólo los evangelios, sino muchas otras fuentes. A la vez, estos auténticos acontecimientos, por su significado y sus efectos, sobrepasan las meras coordenadas históricas, pues se trata de eventos salvíficos, es decir, portadores de la salvación operada por el Redentor.

La Pasión y Muerte del Señor, así como su Resurrección, profetizadas en el Antiguo Testamento, encierran una finalidad y un sentido sobrenatural únicos. No fue un hombre cualquiera, sino el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo encarnado, quien se inmoló en la Cruz por todos, en expiación de nuestros pecados. Y ese único sacrificio de reconciliación se hace presente en nuestros altares, de modo sacramental, cada vez que se celebra la Santa Misa: ¡con qué piedad diaria hemos de celebrar o participar en el Santo Sacrificio!

Meditemos con calma el Credo. El llamado “Símbolo de los Apóstoles”, que se puede rezar especialmente durante la Cuaresma, afirma que Nuestro Señor Jesucristo *padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos*⁷³. Lo mismo –con ligeras variantes– enseña el símbolo de fe que habitualmente se reza en la Misa, siguiendo la formulación de los primeros Concilios ecuménicos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que «la muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo atestigua san Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer

discurso de Pentecostés: “Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios” (Hch 2, 23)»⁷⁴.

Lo había advertido antes el mismo Jesús: *por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que Yo la doy libremente. Tengo potestad para darla y tengo potestad para recuperarla. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre*⁷⁵. De este modo, **el abismo de malicia, que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita. Dios no abandona a los hombres (...). Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén. A lo largo de los tres años que con Él convivieron los discípulos, le oyen repetir incansablemente que su alimento es hacer la voluntad de Aquel que le envía (cfr. Jn 4, 34). Hasta que, a media tarde del primer Viernes Santo, se concluyó su inmólación. Inclinando la cabeza, entregó su espíritu (Jn 19, 30). Con estas palabras nos describe el apóstol San Juan la muerte de Cristo: Jesús, bajo el peso de la Cruz con todas las culpas de los hombres, muere por la fuerza y por la vileza de nuestros pecados**⁷⁶.

¡Qué agradecimiento debemos tener a Nuestro Señor, por el amor inconmensurable que nos ha demostrado! Libremente y por amor ha ofrecido el sacrificio de su vida, no sólo por la humanidad tomada en su conjunto, sino por cada una, por cada uno de nosotros, como expone san Pablo: *diléxit me et trádedit seípsum pro me*⁷⁷, me amó y se entregó a sí mismo a la muerte por mí. Más aún. Con expresión fuerte, el mismo Apóstol apunta el colmo del amor redentor de Jesucristo, al afirmar: *a Él, que no conoció pecado, [Dios Padre] lo hizo pecado por nosotros, para que llegásemos a ser en Él justicia de Dios*⁷⁸.

A este propósito, decía Benedicto XVI en una audiencia: «¡Qué maravilloso y, a la vez, sorprendente es este misterio! Nunca podremos meditar suficientemente esta realidad. Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios como propiedad exclusiva; no quiso utilizar su naturaleza divina, su dignidad gloriosa y su poder, como instrumento de triunfo y signo de distancia con respecto a nosotros. Al contrario, “se despojó de su rango”, asumiendo la miserable y débil condición humana»⁷⁹.

«En su designio de salvación –enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*–, Dios dispuso que su Hijo no solamente “muriese por nuestros

pecados” (1 Cor 15, 3), sino también que “gustase la muerte”, es decir, que conociera el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo, durante el tiempo comprendido entre el momento en que Él expiró en la Cruz y el momento en que resucitó»⁸⁰. Así se puso de manifiesto, con mayor evidencia aún, la realidad de la muerte de Jesús y la extensión de la buena nueva de la salvación a las almas que se hallaban en el “sheol” o “infierno”; así denomina la Escritura al estado en que se encontraban todos los difuntos, privados de la visión de Dios porque aún no se había llevado a cabo la Redención. Pero ese “descenso” de Cristo tuvo efectos desiguales: «Jesús no bajó a los infiernos para liberar a los condenados ni para destruir el infierno de la condenación, sino para liberar a los justos que le habían precedido»⁸¹: una muestra más de la justicia y la misericordia de Dios, que hemos de valorar y agradecer.

Se acerca la Semana Santa; busquemos sacar aplicaciones personales de las escenas que la liturgia nos mueve a considerar. ***Meditemos en el Señor herido de pies a cabeza por amor nuestro***⁸², invitaba san Josemaría. Detengámonos sin prisa en los últimos momentos del paso de Nuestro Señor por la tierra. Porque ***en la tragedia de la Pasión se consume nuestra propia vida y la entera historia humana. La Semana Santa no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser alter Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (1 Pe 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre***⁸³.

Preparémonos ya para asistir con honda devoción a la liturgia del Triduo pascual. Cada uno, además, puede fijarse otros modos concretos para aprovechar mejor esas jornadas. Junto a las numerosas manifestaciones existentes de religiosidad popular, como las procesiones, los ritos penitenciales, no olvidemos que «hay un ejercicio de piedad, el “vía crucis”, que durante todo el año nos ofrece la posibilidad de imprimir cada vez más profundamente en nuestro espíritu el misterio de la Cruz, de avanzar con Cristo por este camino, configurándonos así interiormente con Él»⁸⁴.

Revivamos con piedad el vía crucis durante la Cuaresma, cada uno del modo que más le ayude: lo importante se centra en meditar con amor y agradecimiento la Pasión del Señor. Desde la oración en Getsemaní hasta la muerte y sepultura, los evangelios nos ofrecen abundante materia para la oración personal. También nos pueden servir las consideraciones de los santos y de muchos autores espirituales. Escuchemos la sugerencia de san Josemaría: *Señor mío y Dios mío, bajo la mirada amorosa de nuestra Madre, nos disponemos a acompañarte por el camino de dolor, que fue precio de nuestro rescate*⁸⁵. Atrevámonos a decir: *Madre mía, Virgen dolorosa, ayúdame a revivir aquellas horas amargas que tu Hijo quiso pasar en la tierra, para que nosotros, hechos de un puñado de lodo, viviésemos al fin in libertátem glóriæ filiórum Dei, en la libertad y la gloria de los hijos de Dios*⁸⁶.

CREO QUE JESUCRISTO RESUCITÓ AL TERCER DÍA, SEGÚN LAS ESCRITURAS

Ayer comenzó el tiempo pascual. El *aleluya* lleno de júbilo que sube de la tierra al cielo en todos los rincones del planeta, manifiesta la fe inquebrantable de la Iglesia en su Señor. Jesús, tras su afrentosa muerte en la Cruz, ha recibido de Dios Padre, por el Espíritu Santo, una nueva vida – una vida plena de gloria en su Humanidad Santísima– como confesamos los domingos en uno de los artículos del Credo: el mismo Jesús –*perféctus homo*, hombre perfecto– que padeció la muerte bajo Poncio Pilato y fue sepultado, ese mismo *resucitó al tercer día, según las Escrituras*⁸⁷, para no morir nunca más y como prenda de nuestra resurrección futura y de la vida eterna que esperamos. Digamos, pues, con la Iglesia: *en verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, glorificarte siempre, Señor, pero más que nunca en este tiempo en que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolido. Porque Él es el Cordero de Dios que quitó el pecado del mundo: muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró la vida*⁸⁸.

Tratemos de ahondar, con la ayuda del Paráclito, en este gran misterio de la fe, sobre el que se apoya –como el edificio sobre sus cimientos– toda la vida cristiana. «El misterio de la Resurrección de Cristo –enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*– es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento»⁸⁹. Lo explicaba san Pablo a los cristianos de Corinto. *Porque os transmití en primer lugar lo mismo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas, y después a los doce*⁹⁰.

El carácter totalmente excepcional de la resurrección de Cristo consiste en que su Humanidad Santísima, reunidos de nuevo el alma y el cuerpo por la virtud del Espíritu Santo, ha sido completamente transfigurada en la gloria de Dios Padre. Es un hecho histórico del que dan testimonio testigos plenamente creíbles; pero es, al mismo tiempo y sobre todo, objeto

fundamental de la fe cristiana. El Señor, «en su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es el hombre celestial (cfr. 1 Cor 15, 35-50)»⁹¹.

Meditemos lo que san Josemaría escribió en una de sus homilías: ***Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos (...).***

Cristo vive en su Iglesia. “Os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya; porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros, pero si me voy, os lo enviaré” (Jn 16, 7). Esos eran los designios de Dios: Jesús, muriendo en la Cruz, nos daba el Espíritu de Verdad y de Vida. Cristo permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad.

De modo especial Cristo sigue presente entre nosotros, en esa entrega diaria de la Sagrada Eucaristía. Por eso la Misa es centro y raíz de la vida cristiana. En toda Misa está siempre el Cristo Total, Cabeza y Cuerpo. Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso. Porque Cristo es el Camino, el Mediador: en Él, lo encontramos todo; fuera de Él, nuestra vida queda vacía. En Jesucristo, e instruidos por Él, nos atrevemos a decir –audemus dicere– Pater noster, Padre nuestro. Nos atrevemos a llamar Padre al Señor de los cielos y de la tierra.

La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo⁹².

Jesús resucitado es también Dueño del mundo, Señor de la historia: nada sucede sin que Él lo quiera o lo permita en vista de los designios salvadores de Dios. San Juan nos lo presenta en el Apocalipsis en toda su gloria: *en medio de los candelabros [vi] como un Hijo de hombre, vestido con una túnica hasta los pies, y ceñido el pecho con una banda de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca, como nieve, sus ojos como una llama de fuego, sus pies semejantes al metal precioso cuando está en un horno encendido, su voz como un estruendo de muchas aguas. En su mano derecha tenía siete estrellas, de su boca salía una espada tajante de doble filo, y su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor*⁹³.

Esta soberanía de Nuestro Señor sobre el mundo y la historia en toda su amplitud, exige que sus discípulos nos empeñemos con todas nuestras fuerzas en la edificación de su reino en la tierra. Una tarea que requiere no sólo amar a Dios con todo el corazón y toda el alma, sino amar con caridad afectiva y efectiva, *con obras y de verdad*⁹⁴, a cada uno de nuestros semejantes, de modo especial a quienes se hallan más necesitados. Se comprende muy bien, por eso –escribió san Josemaría–, ***la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana (cfr. Tertuliano, Apologético, 17), no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar***⁹⁵.

Ésta es, como sabéis, una de las preocupaciones que el nuevo Papa ha manifestado desde los primeros momentos de su pontificado. Impulsados por el ejemplo y las enseñanzas de nuestro Padre, sigamos esforzándonos por llevar la caridad de Cristo, la solicitud espiritual y material por los demás, al ambiente en el que cada uno trabaja; de modo personal, pero también buscando y urgiendo la colaboración de otras personas que manifiestan esta preocupación por los necesitados. No olvidemos nunca que el Opus Dei nació y se reforzó, por querer divino, entre los pobres y enfermos de las barriadas extremas de Madrid; y a ellos se dedicó nuestro Fundador con generosidad y heroísmo, con gran empleo de tiempo, en los primeros años de la Obra. En 1941 escribía: ***no hace falta recordaros, porque estáis viviéndolo, que el Opus Dei nació entre los pobres de Madrid, en los hospitales y en los barrios más miserables: a los pobres, a los niños y a los enfermos seguimos atendiéndolos. Es una tradición que no se interrumpirá nunca en la Obra***⁹⁶.

Pocos años después, san Josemaría completaba esta enseñanza con otras palabras bien claras que, a pesar del tiempo transcurrido, conservan plena actualidad. ***En estos tiempos de confusión*** –escribía–, ***no se sabe lo que es derecha, ni centro, ni izquierda, en lo político y en lo social. Pero si por izquierda se entiende conseguir el bienestar para los pobres, para que todos puedan satisfacer el derecho a vivir con un mínimo de comodidad, a trabajar, a estar bien asistidos si se ponen enfermos, a distraerse, a tener hijos y poderles educar, a ser viejos y ser atendidos, entonces yo estoy más***

a la izquierda que nadie. Naturalmente, dentro de la doctrina social de la Iglesia, y sin compromisos con el marxismo o con el materialismo ateo; ni con la lucha de clases, anticristiana, porque en estas cosas no podemos transigir⁹⁷.

Dolía especialmente a nuestro Fundador que el desamor y la falta de caridad con los indigentes se diese a veces también entre cristianos. ***Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia, que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor.***

Todas las situaciones por las que atraviesa nuestra vida nos traen un mensaje divino, nos piden una respuesta de amor, de entrega a los demás⁹⁸.

Hijas e hijos míos, meditemos estas palabras y hagámoslas resonar en los oídos de muchas personas, a fin de que el *mandamiento nuevo* de la caridad brille en la vida de todos y sea –como quería Jesús– el distintivo de todos sus discípulos⁹⁹. Querría que ahondáramos en las palabras del Evangelio, tras la resurrección de Jesús: *gavísi sunt discipuli viso Dómino¹⁰⁰*, los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Consideremos también que el Maestro nos sigue siempre de cerca, y hemos de descubrirlo, de mirarle, en las circunstancias extraordinarias y ordinarias de la vida corriente, con el convencimiento de lo que afirmaba san Josemaría: o lo encontramos ahí, o no lo encontraremos nunca. Por eso, tras el triunfo de Cristo, tras la seguridad de que cuenta con nosotros, ¿hemos dado un rumbo nuevo a nuestro *gáudium cum pace*, a nuestra alegría llena de paz?, ¿tiene contenido sobrenatural y humano?

CREO QUE JESUCRISTO SUBIÓ AL CIELO, Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DEL PADRE

Prosiguiendo la exposición de los artículos del Credo, ahondemos en el misterio de la Ascensión del Señor. Creemos, en efecto, que Jesucristo, una vez resucitado, *subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre*¹⁰¹. Esta solemnidad que celebraremos este mes –el jueves día 9, o el domingo 12 en los lugares donde se ha trasladado– debe suponer para todos un parón, recordándonos el fin dichoso a que estamos llamados. Esta verdad nos recuerda, al mismo tiempo, un hecho histórico y un acontecimiento de salvación. Como hecho histórico, la Ascensión «marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celestial de Dios de donde ha de volver, aunque mientras tanto lo esconde a los ojos de los hombres»¹⁰². Ahora se halla presente en la Eucaristía, de modo sacramental; pero, en su ser natural, se encuentra sólo en el Cielo, de donde vendrá al fin de los tiempos, lleno de gloria y majestad, para juzgar a todos.

El evangelista que relata con más detalle este acontecimiento es san Lucas. Al principio del libro de los Hechos escribe que el Señor, *después de su Pasión, se presentó vivo ante ellos [ante los Apóstoles y otros discípulos] con muchas pruebas: se les apareció durante cuarenta días y les habló de lo referente al Reino de Dios*¹⁰³. También narra que, durante una de las apariciones a los Apóstoles, el Señor *les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. Y les dijo: así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas*¹⁰⁴.

San Josemaría consideró muchas veces esas escenas, en las reuniones familiares que solía tener con numerosas personas. En una ocasión, por ejemplo, invitaba a quienes le escuchaban a pensar en el Señor después de la Resurrección, cuando ***hablaba de muchas cosas, de todo lo que le preguntaban sus discípulos. Aquí lo estamos imitando un poquito, porque***

*vosotros y yo somos discípulos del Señor y queremos cambiar impresiones*¹⁰⁵. Y, en otro momento, añadía: *les hablaba como hablamos nosotros ahora aquí: ¡igual! Eso es la contemplación: trato con Dios. Y la contemplación y el trato con Dios nos llevan al cielo por las almas, al hambre de traer hasta Cristo a los que se han apartado*¹⁰⁶.

Pero volvamos al momento de la Ascensión, cuando Jesús *los llevó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo*¹⁰⁷. En una de las últimas audiencias, reflexionando sobre este misterio, el Papa Francisco se preguntaba: «¿Cuál es el significado de este acontecimiento? ¿Cuáles son sus consecuencias para nuestra vida? ¿Qué significa contemplar a Jesús sentado a la derecha del Padre?»¹⁰⁸.

El Señor, al subir al Cielo, lo hizo en cuanto Cabeza de la Iglesia: se fue a prepararnos un lugar, como había prometido¹⁰⁹. «Nos precede en el Reino glorioso del Padre para que nosotros, miembros de su cuerpo, vivamos en la esperanza de estar un día con Él eternamente»¹¹⁰. Sin embargo, para entrar con Cristo en la gloria, es preciso seguir sus pasos. El Papa hace notar que, mientras sube a Jerusalén para su última Pascua –en la que iba a consumir el sacrificio redentor–, «Jesús ve ya su meta, el Cielo, pero sabe con certeza que el camino que lo devuelve a la gloria del Padre pasa por la Cruz, por la obediencia al designio divino de amor a la humanidad (...). También nosotros debemos tener claro, en nuestra vida cristiana, que entrar en la gloria de Dios exige la fidelidad diaria a su voluntad, incluso cuando ésta requiere sacrificio; cuando requiere, en ocasiones, que cambiemos nuestros programas»¹¹¹. No olvidemos, hijas e hijos, que no hay cristianismo sin Cruz, no hay verdadero amor sin sacrificio, y tratemos de ajustar nuestra vida diaria a esta realidad gozosa, porque significa dar los mismos pasos que siguió el Maestro, que es *el Camino, la Verdad y la Vida*¹¹².

Por eso, la gran fiesta de la Ascensión nos invita a examinar cómo ha de concretarse nuestra adhesión a la voluntad divina: sin rémoras, sin ataduras a nuestro yo, con la determinación plena, renovada en cada jornada, de buscarla, aceptarla y amarla con todas nuestras fuerzas. ***No nos oculta el Señor que esa obediencia rendida a la voluntad de Dios exige renuncia y entrega, porque el Amor no pide derechos: quiere servir. Él ha recorrido primero el camino. Jesús, ¿cómo obedeciste tú? Usque ad mortem, mortem autem crucis (Flp 2, 8), hasta la muerte y muerte de cruz. Hay***

que salir de uno mismo, complicarse la vida, perderla por amor de Dios y de las almas¹¹³.

La Sagrada Escritura cuenta que, después de la Ascensión, los Apóstoles *regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios*¹¹⁴. Unos días antes, al anunciarles Jesús que perderían su presencia sensible, se habían llenado de tristeza¹¹⁵; ahora, en cambio, se muestran llenos de gozo. ¿Cómo se explica este cambio? Porque, con los ojos de la fe, incluso antes de la llegada visible del Espíritu Santo, «comprenden que Jesús, aunque se sustraiga a su mirada, permanece siempre con ellos, no los abandona y, en la gloria del Padre, los sostiene, los guía e intercede por ellos»¹¹⁶.

También ahora, por la fe, sabemos que Jesucristo continúa junto a nosotros y en nosotros, mediante la gracia, con el Padre y el Espíritu Santo, y en la Sagrada Eucaristía. Es nuestro apoyo y nuestra fortaleza, el hermano mayor, el amigo más íntimo, que nunca nos abandona, especialmente en los momentos de tribulación o de lucha. «Como afirma san Juan en su primera carta, Él es nuestro abogado: ¡qué bonito oír esto! Cuando uno es citado por el juez o entra en un pleito, lo primero que hace es buscarse un abogado para que lo defienda. ¡Nosotros tenemos a uno que nos defiende siempre, nos defiende de las insidias del diablo, nos defiende de nosotros mismos, de nuestros pecados! (...). ¡No temamos ir a Él a pedir perdón, a pedir bendición, a pedir misericordia!»¹¹⁷. ¿Nos afanamos por movernos en la presencia de Dios, suceda lo que suceda? ¿Sabemos acoger sus disposiciones? ¿Con qué intensidad lo invocamos?

La certeza de que el Maestro nos acompaña, constituye otra consecuencia del hecho de la Ascensión, que nos colma de paz y de alegría. Una alegría y una paz que necesariamente hemos de comunicar a los demás, a todas las personas que pasan junto a nosotros, y especialmente a quienes sufren –quizá sin darse mucha cuenta– a causa de su lejanía de Dios. Como recalca san Josemaría al escribir sobre esta fiesta, ***tenemos una gran tarea por delante. No cabe la actitud de permanecer pasivos, porque el Señor nos declaró expresamente: negociad, mientras vengo (Lc 19, 13). Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos estar cruzados de brazos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de Él los poderes sagrados. Vos***

autem estis corpus Christi (1 Cor 12, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, nos señala el Apóstol, con el mandato concreto de negociar hasta el fin¹¹⁸.

CREO QUE JESUCRISTO DE NUEVO VENDRÁ CON GLORIA PARA
JUZGAR A VIVOS Y MUERTOS, Y SU REINO NO TENDRÁ FIN

Con la vuelta de lleno al tiempo ordinario, la liturgia nos recuerda que nos hallamos en la etapa de la historia que media entre la venida del Paráclito en Pentecostés y el advenimiento glorioso de Jesucristo al fin de los tiempos. Es ésta una de las verdades contenidas en el Credo, con la que se cierra el ciclo de los misterios referentes a Nuestro Señor. Cada domingo, en la Santa Misa, confesamos que el Señor, sentado ahora a la derecha del Padre, *de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin*¹¹⁹.

«Desde la Ascensión –explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*–, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente»¹²⁰, en el sentido de que puede suceder en cualquier momento. Sólo Dios conoce cuándo tendrá lugar este acontecimiento, que marcará el fin de la historia y la renovación definitiva del mundo. Por eso, sin alarmismos ni temores, pero con sentido de responsabilidad, hemos de caminar bien preparados para ese encuentro definitivo con Jesús, que, por otra parte, se realiza para cada uno en el momento de la muerte. De Dios venimos y a Dios vamos: esta realidad constituye, en el fondo, la síntesis de la sabiduría cristiana. Sin embargo, como se lamentaba el Papa recientemente, «a menudo se olvidan estos dos polos de la historia, y sobre todo la fe en el retorno de Cristo y en el juicio final a veces no es tan clara y firme en el corazón de los cristianos»¹²¹.

Consideremos que ese encuentro definitivo del Señor con cada uno va precedido por su actuación constante en cada momento de la vida ordinaria. Todavía recuerdo la viveza con que san Josemaría, para este andar cotidiano, le pedía: *mane nobiscum!*¹²², quédate con nosotros. ¿Se lo decimos conscientes de que hemos de dejar que actúe en toda nuestra vida? Nos exhortaba también a estar prontos para dar cuenta a Dios de nuestra existencia en cualquier momento. En *Camino* escribió: **“Ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”, rezamos en el Credo. –Ojalá no me pierdas de vista ese juicio y esa justicia y... a ese Juez**¹²³. Soy testigo de

que, en cada jornada, consideraba personalmente esta eventualidad y se llenaba de gozo; igualmente deberíamos alegrarnos todos los que nos sabemos hijos de Dios. Por eso añadía: **¿No brilla en tu alma el deseo de que tu Padre-Dios se ponga contento cuando te tenga que juzgar?**¹²⁴.

El tiempo presente, la etapa de la historia que nos toca a cada uno recorrer, «es un tiempo de espera y de vigilia»¹²⁵, en el que hemos de trabajar con la ilusión y el entusiasmo de los hijos buenos para ir implantando en la tierra, con la ayuda de la gracia, el reino de Dios que Jesucristo llevará a su perfección en el último día. Así se explica en la parábola de los talentos, que nuestro Padre comentó en tantas ocasiones¹²⁶. El Romano Pontífice lo ha recordado en una de sus catequesis con motivo del Año de la fe. «La espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción (...), el tiempo de hacer rendir los dones de Dios no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los demás; el tiempo en el cual buscar siempre hacer que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado; sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro»¹²⁷.

Hijas e hijos míos, no echemos en olvido estas recomendaciones; esforcémonos para que otras personas, ¡muchas!, no sólo las escuchen, sino que se esfuercen para ponerlas en práctica. En última instancia, todo se resume en permanecer atentos, por amor de Dios, a las necesidades de los demás, comenzando por los más cercanos –quienes están a nuestro lado por motivos familiares, profesionales o sociales–, teniendo muy presente que – como escribió san Juan de la Cruz, y recoge el *Catecismo*–, «a la tarde te examinarán en el amor»¹²⁸. Así lo manifiesta Cristo mismo en la impresionante escena del juicio final que expone san Mateo¹²⁹. ¿Cómo sabemos servir? ¿Ponemos alegría sobrenatural y humana en esos detalles, que deben ser cotidianos?

El pensamiento de estas realidades últimas no ha de suponer, repito, un motivo de temores que paralicen el alma, sino ocasión para ir rectificando nuestra senda terrena, acomodándonos a lo que Dios espera de cada uno de nosotros. Nos ha de impulsar a «vivir mejor el presente. Dios nos ofrece con misericordia y paciencia este tiempo para que aprendamos cada día a

reconocerle en los pobres y en los pequeños; para que nos empleemos en el bien y estemos vigilantes en la oración y en el amor»¹³⁰.

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO, SEÑOR Y DADOR DE VIDA, QUE
PROCEDE DEL PADRE Y DEL HIJO, QUE CON EL PADRE Y EL HIJO
RECIBE UNA MISMA ADORACIÓN Y GLORIA, Y QUE HABLÓ POR LOS
PROFETAS

La identificación plena con Cristo, que en eso consiste la santidad, se atribuye de modo especial al Espíritu Santo. Démosle gracias por la acción con que constantemente santifica a las almas. En los días pasados, celebrando la solemnidad de Pentecostés y luego la de la Santísima Trinidad, hemos alzado muchas veces nuestro corazón a ese Dios, cuya voluntad es –como escribe san Pablo– *que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*¹³¹.

Nos sostiene y nos impulsa el Espíritu Santo, que Jesús envió al mundo tras su ascensión gloriosa al cielo. Lo hemos considerado con alegría en la reciente solemnidad de Pentecostés, y confesamos su existencia y su acción en la Iglesia cada vez que rezamos el Credo: *creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas*¹³².

Se trata de una verdad inaccesible a la razón humana, revelada por Cristo a los Apóstoles, que nos muestra la grandeza y la perfección de Dios. «El Padre por nadie fue hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo no fue hecho, ni creado, sino engendrado por el Padre. El Espíritu Santo no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo»¹³³. El *Catecismo de la Iglesia Católica* sintetiza esta doctrina con breves palabras: «*La Unidad divina es Trina*»¹³⁴.

El Espíritu Santo es el Amor de las dos primeras Personas: Amor increado e infinito, Amor consustancial, Amor eterno que procede de la entrega mutua del Padre y del Hijo: un misterio absolutamente sobrenatural que conocemos por revelación del mismo Jesucristo y que ayuda a entender la grandeza del don de amar. Fundamentados en sus palabras, los Padres de

la Iglesia y otros grandes teólogos guiados por el Magisterio, se han esforzado por ilustrar de algún modo –siempre en el claroscuro de la fe– la divinidad del Paráclito.

Basados en el modo de conocer y de querer propio de las criaturas humanas, creadas a imagen y semejanza de Dios, y por los nombres y misiones que en la Sagrada Escritura se atribuyen al Espíritu Santo, han explicado su procesión del Padre y del Hijo como Amor subsistente. Así como Dios Padre, conociendo su propia Esencia, engendra al Hijo, así el Padre y el Hijo se aman en un único acto de amor, eterno e infinito, que es el Espíritu Santo.

¡Qué gozo y qué paz nos debe dar la fe de sabernos asistidos en todo momento por el divino Paráclito! No sólo acompañados desde fuera, como un amigo afectuoso, sino como un huésped que mora, con el Padre y con el Hijo, en la intimidad de nuestra alma en gracia. Él es *descanso en el trabajo, refrigerio en medio del calor, consuelo en el llanto*¹³⁵, como reza la Iglesia en la secuencia de Pentecostés. Es la *lux beatíssima*, la luz bienaventurada que penetra hasta el fondo del alma: nos ilumina para que conozcamos mejor a Cristo, nos fortalece para seguirle de cerca cuando los obstáculos y las contradicciones parecen asediarnos, nos impulsa a salir de nosotros mismos para preocuparnos de los demás y llevarlos a Dios.

La fuerza y el poder de Dios iluminan la faz de la tierra. El Espíritu Santo continúa asistiendo a la Iglesia de Cristo, para que sea –siempre y en todo– signo levantado ante las naciones, que anuncia a la humanidad la benevolencia y el amor de Dios (cfr. Is 11, 12). Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna, de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara¹³⁶.

Entre las metáforas que la Escritura utiliza para hablar del Paráclito, una de las más frecuentes es la del agua; un elemento absolutamente necesario para la vida natural: donde falta o escasea, todo se convierte en desierto, y los seres vivos enferman o mueren. Manifiesta una de las grandes riquezas que el Creador ha confiado a los hombres para que la administren bien, en servicio de todos. En el orden sobrenatural, esa fuente de vida es el Paráclito. En su coloquio con la mujer samaritana, y luego en la fiesta de

los tabernáculos, Jesucristo prometió que, a los que acogieran con fe su palabra, les daría *agua viva*; que pondría, en todos los que le buscasen, una *f fuente de agua viva* que brotaría incesantemente de sus entrañas. Anota san Juan que *se refirió con esto al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él*¹³⁷.

El Espíritu Santo llega a los cristianos como manantial inagotable de los tesoros divinos. Lo hemos recibido en el Bautismo y en la Confirmación; se nos confiere en el sacramento de la Penitencia, aplicando de nuevo a las almas los méritos infinitos de Cristo; es enviado a nuestras almas y a nuestros cuerpos cada vez que recibimos la Eucaristía y los demás sacramentos; actúa en la conciencia mediante las virtudes infusas y los dones... En una palabra, su misión consiste en hacernos verdaderos hijos de Dios y en que nos comportemos de acuerdo con esa dignidad. «Nos enseña a mirar con los ojos de Cristo, a vivir la vida como la vivió Cristo, a comprender la vida como la comprendió Cristo. He aquí por qué el agua viva que es el Espíritu sacia la sed de nuestra vida»¹³⁸.

El Paráclito, Señor y Dador de vida, que habló por los profetas y ungió a Cristo para que nos comunicara las palabras de Dios, sigue ahora haciendo oír su voz en la Iglesia y en la intimidad de las almas. Por eso, ***vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida***¹³⁹. Agradecemos los cuidados que nos dispensa como un padre y una madre buenos, que eso y mucho más es para cada uno de nosotros. ¿Le invocamos frecuentemente? ¿Renovamos en cada jornada la decisión de mantener atenta el alma a sus inspiraciones? ¿Nos esforzamos por seguir las sin oponer resistencias?

Para hacer realidad estas aspiraciones, os recomiendo que hagáis vuestras unas palabras que san Josemaría escribió en los primeros años de la Obra: ***Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc cœpi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.***

¡Oh, Espíritu de verdad y de sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...¹⁴⁰.

Pidámosle con toda confianza por la Iglesia y por el Papa, por los obispos y sacerdotes, por todo el pueblo cristiano. De modo especial, roguémosle por esta pequeña parte de la Iglesia que es el Opus Dei, por sus fieles y cooperadores, por todas las personas que se acercan a nuestro apostolado movidas por el noble deseo de servir más y mejor a Dios y a los demás. ¡Y qué gran consuelo se nos ofrece con la solemnidad del Corazón de Jesús y la memoria del Corazón Inmaculado de María! Acudamos a estos refugios de paz, de amor, de alegría, de seguridad.

CREO EN LA IGLESIA, QUE ES UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA

Hace dos días celebramos la solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, columnas de la fe, que derramaron su sangre por Cristo en Roma. En esta ciudad, san Pedro fijó su sede y coronó su vida terrena con el martirio. Y así, la Iglesia de Roma se convirtió en *Madre y cabeza de todas las iglesias de la Urbe y del Orbe*. Agradecemos a Dios este designio suyo, con el que ha querido asegurar a los cristianos en la doctrina revelada y garantizar de modo visible la unidad; y aprendamos a dar la vida, sabiendo morir cada día a nuestro yo.

Dios preparó la fundación de la Iglesia a lo largo de la historia de la salvación. Primero en el Antiguo Testamento, eligiendo a Israel como pueblo suyo; luego, en la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo muy amado que, con su encarnación, con su predicación, con sus milagros, y llamando a los Apóstoles, constituyó a los Doce para que continuaran su misión redentora. «Pero la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la cruz»¹⁴¹. Después, «consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cfr. *Jn* 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés, a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia»¹⁴². Como quería nuestro Padre, llenémonos de maravilla ante estos dos misterios y pidamos al Cielo una fe grande.

La Iglesia depende completamente del Verbo encarnado, a quien hace presente en el mundo hasta el fin de los tiempos; y está gobernada por el Espíritu Santo, que habita en su seno como en su templo. Agradecemos y admiramos este vínculo profundo de la Iglesia con la Trinidad Santísima: es y somos el Pueblo santo de Dios, el Cuerpo místico de Jesucristo, la morada del Paráclito. Resulta lógico, pues, que después de profesar la fe en Jesucristo y en la divinidad del Espíritu Santo, en el Símbolo proclamemos el misterio de la Iglesia, a la que nos incorporamos por el Bautismo y en la que –como sacramento universal de salvación– se realiza la obra de nuestra santificación.

*Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica*¹⁴³. Esta profesión de fe, con la enumeración de las cuatro notas que califican intrínsecamente a la Iglesia y, al mismo tiempo, la manifiestan al exterior, es signo distintivo de la doctrina católica. ***Esas son las propiedades esenciales de la Iglesia, que derivan de su naturaleza, tal como la quiso Cristo. Y, al ser esenciales, son también notas, signos que la distinguen de cualquier otro tipo de reunión humana, aunque en estas otras se oiga pronunciar también el nombre de Cristo***¹⁴⁴.

Afirmémonos en el carácter sobrenatural de la Iglesia; confesémosle a gritos, si es preciso, porque en estos momentos son muchos los que (...) se han olvidado de estas verdades capitales y pretenden proponer una imagen de la Iglesia que no es Santa, que no es Una, que no puede ser Apostólica porque no se apoya en la roca de Pedro, que no es Católica porque está surcada de particularismos ilegítimos, de caprichos de hombres¹⁴⁵.

Estas fuertes y claras consideraciones de san Josemaría se revelan – ocurrirá siempre así– muy actuales. Como se dolía recientemente el Papa Francisco, «todavía hay quien dice hoy: “Cristo sí, la Iglesia no”. Como los que dicen: “yo creo en Dios, pero no en los sacerdotes”. Pero es precisamente la Iglesia la que nos lleva a Cristo y nos lleva a Dios; la Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. Ciertamente, también tiene aspectos humanos; en quienes la componen, pastores y fieles, existen defectos, imperfecciones, pecados (...), pero es bello que cuando nos damos cuenta de ser pecadores encontramos la misericordia de Dios, que siempre nos perdona»¹⁴⁶; y nos concede su perdón por medio de la Iglesia, que es la depositaria de la palabra salvadora y de los sacramentos que nos santifican.

En la Santa Iglesia los católicos encontramos nuestra fe, nuestras normas de conducta, nuestra oración, el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el Purgatorio –Iglesia purgante–, o con los que gozan ya –Iglesia triunfante– de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces Santo. Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia. La Iglesia, que nació bajo el manto de Santa María, y continúa –en la tierra y en el cielo– alabándola como Madre¹⁴⁷.

San Josemaría, que día a día amó con locura a la Iglesia Santa, nos enseñó a comportarnos de igual modo. Desde el momento mismo de la

fundación del Opus Dei, vio claro que para dar a Dios toda la gloria, para poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas, el camino quedaba trazado con aquella aspiración: ***Omnes cum Petro ad Iesum per Mariám!*** Hemos de llegarnos todos juntos a Jesús por María, en unidad de intenciones y de afanes con el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Y en *Camino* dejó escrito para todos los católicos: ***“Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!...”*** –*Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...*¹⁴⁸.

La Iglesia es una porque es «un pueblo reunido con la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»¹⁴⁹, y esta unidad se configura mediante el triple vínculo de la fe, el culto –especialmente por la Eucaristía– y la comunión jerárquica. Al mismo tiempo, es católica, se halla abierta a todos los pueblos, a todas las razas, a todas las culturas. La abundante variedad de ritos litúrgicos, de tradiciones teológicas y espirituales, de disciplina, no sólo no perjudica en lo más mínimo esa unidad, sino que la manifiesta. Por eso, «reconociendo por una parte que *fuera de la estructura* de la Iglesia de Cristo *se encuentran muchos elementos de santificación y de verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica* (cfr. *Lumen gentium*, n. 8) y creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad»¹⁵⁰, es preciso afirmar que la salvación se comunica a los hombres por medio de la Iglesia. «Creemos que *la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque sólo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente* (cfr. *Lumen gentium*, n. 14). Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres»¹⁵¹.

¿Os hacéis cargo de lo hermosa que es nuestra fe católica? Como decía nuestro Padre, da solución a todas las ansias del corazón humano, al enseñar que la Santa Voluntad de Dios es *que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad*¹⁵². Para eso ofrece a sus fieles los medios de salvación; y, también por eso, el afán apostólico, el deseo de anunciar el conocimiento y el amor de Cristo a todas las personas, resulta connatural con la vocación cristiana. Nada puede dispensarnos de sentir esta responsabilidad, y hemos de pensar: ¿cómo me afecta? ¿En qué medida la pido para la humanidad entera?

Es cierto que «quienes, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna»¹⁵³. Sin embargo, el Señor quiere contar con nuestra cooperación en la tarea evangelizadora: cada uno en su propio ambiente ha de esforzarse cotidianamente por dar a conocer este mensaje salvador y colaborar en la aplicación de la obra redentora. Porque, como recalca san Josemaría, no hemos de olvidar ***que la conciencia puede culpablemente deformarse, endurecerse en el pecado y resistir a la acción salvadora de Dios. De ahí la necesidad de predicar la doctrina de Cristo, las verdades de fe y las normas morales; y de ahí también la necesidad de los Sacramentos, instituidos todos por Jesucristo como causas instrumentales de su gracia y remedios para las miserias consiguientes a nuestro estado de naturaleza caída***¹⁵⁴.

«Así, pues, la Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda al Creador universal y Padre todo honor y gloria»¹⁵⁵.

Nos ha tocado vivir en una época en que la necesidad de trabajar en la edificación de la Iglesia se muestra más apremiante. No nos desanimemos ni demos paso al más pequeño pesimismo, ante el clima de relativismo y de indiferencia –más aún, de rechazo de Dios– que se extiende como una mancha de aceite por tantos lugares. Quienes deseamos tomarnos en serio nuestra fe, hemos de multiplicar gozosamente los esfuerzos por acercar las almas a Dios, a la Iglesia. No penséis que es una tarea de titanes: sólo hemos de hacer lo que está en nuestras manos, bien decididos a dirigir completamente nuestra existencia a Dios. El Paráclito actúa siempre en los corazones, suscitando en cada uno –quizá en los momentos más impensados– una sed ardiente de eternidad, de vida sobrenatural. Y nosotros –cada una y cada uno de nosotros– hemos de mostrarnos disponibles para secundar sus mociones. «Ser Iglesia, ser pueblo de Dios, según el gran designio de amor del Padre, quiere decir ser el fermento de Dios en esta humanidad nuestra, quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro, que a menudo está desorientado, necesitado

de tener respuestas que alienten, que donen esperanza y nuevo vigor en el camino»¹⁵⁶.

Insisto: llenémonos de confianza, sin dejar resquicios al desaliento. Nuestra época se nos presenta rebosante de posibilidades maravillosas para aprender y para propagar el bien. A diario se nos brindan ocasiones de demostrar nuestro cariño al Señor hablando de Él a quienes encontramos en nuestro camino. Redoblemos nuestra confianza en Él. «¡Dios es más fuerte!», exclama el Santo Padre. «Y, ¿sabéis por qué es más fuerte? Porque Él es el Señor, el único Señor. Y desearía añadir que la realidad a veces oscura, marcada por el mal, puede cambiar si nosotros, los primeros, llevamos a ella la luz del Evangelio sobre todo con nuestra vida. Si en un estadio (...), en una noche oscura, una persona enciende una luz, se vislumbra apenas; pero si los más de setenta mil espectadores encienden cada uno la propia luz, el estadio se ilumina. Hagamos que nuestra vida sea una luz de Cristo; juntos llevaremos la luz del Evangelio a toda la realidad»¹⁵⁷.

Hagamos eco a estas palabras del Romano Pontífice, esforzándonos a diario para que en nuestro trabajo, en nuestra convivencia familiar, en las relaciones sociales, en las actividades deportivas, ¡en todo momento!, brille la luminaria de los seguidores de Jesucristo, alimentada por la oración y por la recepción frecuente de los sacramentos de la Confesión y de la Eucaristía.

CREO EN LA IGLESIA, QUE ES SANTA, Y EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Ahora me detengo en otra de las notas características de la Iglesia: la santidad. Benedicto XVI, para ayudarnos a gozar de esta realidad, apuntaba que, a lo largo de este año, «será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado»¹⁵⁸. Reflexionar sobre la santidad de la Iglesia, manifestada en su doctrina, en sus instituciones, en tantos hijos e hijas suyos a lo largo de la historia, nos moverá a una profunda acción de gracias al Dios tres veces Santo, fuente de toda santidad, a sabernos metidos en la manifestación de amor de la Trinidad por nosotros: ¿cómo acudimos a cada Persona divina? ¿Sentimos la necesidad de amarlas distinguiéndolas?

Al exponer la naturaleza de la Iglesia, el Concilio Vaticano II destaca tres aspectos en los que su misterio se expresa con mayor propiedad: el Pueblo de Dios, el Cuerpo místico de Cristo, el Templo del Espíritu Santo; y los desarrolla ampliamente el *Catecismo de la Iglesia Católica*¹⁵⁹. En cada uno reverbera la nota de la santidad, que –como las demás notas– distingue a la Iglesia de cualquier agrupación humana.

La denominación de *Pueblo de Dios* remite al Antiguo Testamento. Yahvé eligió a Israel como pueblo peculiar suyo, como anuncio y anticipo del definitivo Pueblo de Dios que Jesucristo iba a establecer mediante el sacrificio de la Cruz. *Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad, para que pregonéis las maravillas de Aquel que os llamó de las tinieblas a su admirable luz*¹⁶⁰. ***Gens sancta, pueblo santo, compuesto por criaturas con miserias: esta aparente contradicción marca un aspecto del misterio de la Iglesia. La Iglesia, que es divina, es también humana, porque está formada por hombres y los hombres tenemos defectos: omnes homines terra et cinis (Ecclo 17, 31), todos somos polvo y ceniza***¹⁶¹.

Esta realidad ha de movernos a la contrición, al dolor de amor, a la reparación, pero nunca al desaliento o al pesimismo. No olvidemos que

Jesús mismo comparó a la Iglesia con un campo en el que crecen juntos el trigo y la cizaña; con una red barreadera que recoge peces buenos y peces malos y que, sólo al final de los tiempos, se hará la separación definitiva entre unos y otros¹⁶². A la vez, consideremos que ya ahora, en la tierra, el bien es mayor que el mal, la gracia más fuerte que el pecado, aunque su acción resulte a veces menos visible. ***Sucede que la santidad personal de tantos fieles –antes y ahora– no es algo aparatoso. Con frecuencia no reconocemos a la gente común, corriente y santa, que trabaja y convive en medio de nosotros. Ante la mirada terrena, se destacan más el pecado y las faltas de fidelidad: son más llamativos***¹⁶³. El Señor quiere que sus hijas e hijos en el Opus Dei, y tantos otros cristianos, recordemos a todos los hombres y mujeres que han recibido ***esa vocación a la santidad, y han de esforzarse por corresponder a la gracia y ser personalmente santos***¹⁶⁴.

La Iglesia es el *Cuerpo místico de Cristo*. «Durante el transcurso de los tiempos el Señor Jesús forma a su Iglesia por medio de los sacramentos, que manan de su plenitud. Por estos medios, la Iglesia hace que sus miembros participen del misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo, que la vivifica y la mueve»¹⁶⁵.

La Iglesia «es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores, porque no se goza de más vida que la de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan, contraen pecados y manchas del alma que impiden que la santidad de la Iglesia se difunda radiante (...). La Iglesia se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, y tiene el poder de librar de éstos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo»¹⁶⁶.

«Ante todo, el cuerpo nos remite a una realidad viva. La Iglesia no es una asociación asistencial, cultural o política, sino que es un cuerpo viviente, que camina y actúa en la historia. Y este cuerpo tiene una cabeza, Jesús, que lo guía, lo nutre y lo sostiene (...). Igual que en un cuerpo es importante que circule la linfa vital para que viva, así debemos permitir que Jesús actúe en nosotros, que su Palabra nos guíe, que su presencia eucarística nos nutra, nos anime; que su amor dé fuerza a nuestro amar al prójimo. ¡Y esto siempre! ¡Siempre, siempre! Queridos hermanos y hermanas –insistía el Santo Padre–, permanezcamos unidos a Jesús, fijémonos en Él, orientemos nuestra vida según su Evangelio,

alimentémonos con la oración diaria, la escucha de la Palabra de Dios, la participación en los sacramentos»¹⁶⁷.

A la vista queda que el cuerpo humano se compone de la diversidad de órganos y miembros, cada uno con su función propia bajo el gobierno de la cabeza, para bien de todo el organismo. Por eso en la Iglesia, por voluntad de Dios, «existe una variedad, una diversidad de tareas y de funciones; no existe la uniformidad plana, sino la riqueza de los dones que distribuye el Espíritu Santo. Pero existe la comunión y la unidad: todos están en relación, unos con otros, y todos concurren a formar un único cuerpo vital, profundamente unido a Cristo»¹⁶⁸. Esta unión con Cristo, Cabeza invisible de la Iglesia, se ha de manifestar necesariamente en la fuerte unión con la Cabeza visible, el Romano Pontífice, y con los Obispos en comunión con la Sede Apostólica. Recemos cada día, como hizo san Josemaría, por la unidad de todos en la Iglesia santa.

Desde antiguo se decía que, en el seno del Cuerpo místico de Cristo, el Paráclito cumple la función del alma en el cuerpo humano: le da vida, lo conserva en la unidad, hace posible su desarrollo hasta alcanzar la perfección que Dios Padre le ha asignado. «La Iglesia no es un entramado de cosas y de intereses, sino que es el Templo del Espíritu Santo, el Templo en el que Dios actúa, el Templo en el que cada uno de nosotros, con el don del Bautismo, es piedra viva. Esto nos dice que nadie es inútil en la Iglesia (...). Nadie es secundario»¹⁶⁹.

En cuanto miembros del mismo Cuerpo místico, los cristianos podemos y debemos ayudarnos unos a otros a alcanzar la santidad, por la Comunión de los santos, que confesamos en el Símbolo apostólico. Además de referirse a que todos los fieles participamos de las *magnalia Dei*, de las riquezas de Dios (la fe, los sacramentos, los diversos dones espirituales), «la expresión “Comunión de los santos” designa también la comunión entre las personas santas (*sancti*), es decir, entre quienes por la gracia están unidos a Cristo muerto y resucitado»¹⁷⁰: los santos del Paraíso, las almas que se purifican en el Purgatorio, los que combatimos aún en la tierra las batallas de la lucha interior. Formamos una sola familia, la familia de los hijos de Dios, para alabanza de la Santísima Trinidad: ¿con qué entereza la cuidamos?

A san Josemaría le colmaba de consuelo la meditación de esta verdad de fe, por la que ningún bautizado puede sentirse solo: ni en su pelea espiritual,

ni en sus dificultades materiales. Vemos esta seguridad en *Camino: Comunión de los Santos*. –¿Cómo te lo diría? –¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la *Comunión de los Santos para el alma*¹⁷¹. Poco después, añade: *tendrás más facilidad para cumplir tu deber al pensar en la ayuda que te prestan tus hermanos y en la que dejas de prestarles, si no eres fiel*¹⁷².

Llenémonos siempre de mucho ánimo, hijas e hijos míos. Aunque pudiéramos sufrir un tropiezo, aunque en ocasiones nos sintamos flojos y sin fuerzas en la pelea espiritual, siempre cabe, con la gracia de Dios, reanudar la marcha hacia la santidad. Estamos rodeados de una multitud de santos, de personas fieles al Señor que comienzan y recomienzan constantemente en su vida interior.

Nos basta, por otra parte, alzar los ojos al Cielo. Y también a esta certeza nos invita la gran solemnidad que celebraremos el día 15: la Asunción de la Santísima Virgen. Asentados en la intercesión de Jesucristo, que ruega constantemente a Dios Padre por todos nosotros¹⁷³, ¡qué consuelo más grande, qué amparo más pleno nos trae la contemplación de nuestra Madre, siempre interesada en la salvación de los cristianos y de todos los hombres! La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga¹⁷⁴. Nosotros, todos los fieles, nos esforzamos todavía por vencer en esta noble tarea de la santidad, alejándonos enteramente del pecado y, por eso, levantamos los ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos¹⁷⁵. Acudamos, pues, a Ella, en todas las vicisitudes de la Iglesia y en las personales de cada uno. **¡Madre! –Llámala fuerte, fuerte. –Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha**¹⁷⁶.

CREO EN LA IGLESIA, QUE ES APOSTÓLICA

Estamos considerando en estos últimos meses la hermosura de la Iglesia, reflexionando sobre las notas que la distinguen y que profesamos en el Credo. Por el Bautismo, fuimos introducidos en el redil de Cristo, y somos desde entonces ovejas de su rebaño. El Buen Pastor sigue cuidando de cada una, de cada uno, especialmente con la gracia que nos infunde en los demás sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, que nos identifica progresivamente con Cristo y nos convierte en miembros activos de su Cuerpo místico, en piedras vivas del Templo espiritual animado por el Paráclito; y en la Penitencia, donde el Señor nos perdona los pecados y nos concede fuerzas renovadas para vencer en la lucha espiritual.

Me da alegría considerarlo en vísperas de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, el próximo día 8, porque en María vemos realizado plenamente el ideal al que todos hemos sido convocados. En efecto, desde su Inmaculada Concepción, la Virgen –inmune de todo pecado y llena de gracia– es la Hija predilecta de Dios Padre, el Templo vivo del Espíritu Santo, predestinada a ser la Madre del Verbo encarnado. Preparemos con cariño filial esta fiesta, felicitando a Nuestra Señora y llevándole –como buenos hijos suyos que deseamos ser– el regalo de nuestro amor filial y de nuestra fidelidad indiscutida a su Hijo Jesús. Tratemos de caminar muy pegados a Ella durante las demás memorias marianas del mes que ahora comenzamos, y siempre.

Quisiera, a la vez, que fijásemos nuestra atención en las fiestas que se cumplen en medio de este mes: la Exaltación de la Santa Cruz, el día 14 y, al día siguiente, la memoria litúrgica de la Virgen al pie de la Cruz, que es también el aniversario de la elección del queridísimo don Álvaro, primer sucesor de nuestro Padre al frente del Opus Dei.

Son fechas íntimamente relacionadas con la Iglesia, que recibe su fuerza salvífica del costado abierto de Cristo en la Cruz, con la colaboración de su Madre, la *nueva Eva* que, por designio divino, cooperó con Cristo, *nuevo Adán*, en la redención de la humanidad. Por esta razón, al concluir una de

las sesiones del Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI la proclamó *Madre de la Iglesia*; «es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título»¹⁷⁷. Difícil es describir el júbilo de nuestro Padre al invocar a Nuestra Señora con ese título que, ya en tiempos anteriores, repetía en su devoción privada.

En María brillan con máximo esplendor todas las características esenciales de la Iglesia: la unidad estrechísima con Dios y con los hombres; la eximia santidad; la catolicidad por la que su Corazón está abierto a todas las necesidades de sus hijos; y también la apostolicidad. Para estas semanas, me llena de gozo recordaros esta nota, con la que confesamos que la Iglesia «está edificada sobre sólidos cimientos: los Doce Apóstoles del Cordero (cfr. *Ap* 21, 14); es indestructible (cfr. *Mt* 16, 18); se mantiene infaliblemente en la verdad: Cristo la gobierna por medio de Pedro y los demás Apóstoles, presentes en sus sucesores, el Papa y el Colegio de los Obispos»¹⁷⁸.

En la Virgen reluce este aspecto de la Iglesia. Fue Ella, en efecto, la que en Caná de Galilea facilitó que los primeros discípulos del Maestro tuvieran fe en Él, preparándolos para la llamada al apostolado que recibirían más adelante¹⁷⁹. Y a su Madre se dirigió Jesús desde la Cruz, encomendándole el cuidado del apóstol amado y, en él, de todos los discípulos¹⁸⁰. Santa María, fiel a este encargo, mantuvo unidos a los Apóstoles en espera de la Pentecostés¹⁸¹. Resulta conmovedor comprobar con qué dedicación siguió los primeros pasos de todos ellos en la primera evangelización, tras la venida del Paráclito, como recogen algunos testimonios de la Iglesia antigua. «La Virgen no sólo animaba a los Santos Apóstoles y a los demás fieles a ser pacientes y a soportar las pruebas, sino que era solidaria con todos en sus fatigas, los sostenía en la predicación, estaba en unión espiritual con los discípulos del Señor en sus privaciones y suplicios, en sus prisiones»¹⁸². Ahora, desde el Cielo, y aun con mayor eficacia, sigue empujando el apostolado de la Iglesia en el mundo entero: fortalece a los Pastores y a los fieles para que, cada uno según los dones y gracias recibidos, dé testimonio de Jesucristo y lleve su nombre, como san Pablo, *ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel*¹⁸³, al ámbito donde su vocación humana y divina le colocó.

Enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* que «toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de san Pedro y de los Apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que es “enviada” al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío»¹⁸⁴. Nadie, pues, debe pensar que el encargo recibido por los Doce antes de la Ascensión de Jesucristo al Cielo es algo que concierne sólo a los ministros sagrados. ***En la Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo. El que no tiene celo por la salvación de las almas, el que no procura con todas sus fuerzas que el nombre y la doctrina de Cristo sean conocidos y amados, no comprenderá la apostolicidad de la Iglesia***¹⁸⁵.

En sus primeros meses de Pastor universal, el Papa Francisco no se cansa de recordar este gozoso encargo a todos los cristianos. De un modo u otro invita a preguntarse: «¿Cómo vivimos nuestro ser Iglesia? ¿Somos piedras vivas o somos, por así decirlo, piedras cansadas, aburridas, indiferentes? ¿Habéis visto qué feo es ver a un cristiano cansado, aburrido, indiferente? Un cristiano así no funciona; el cristiano debe ser vivo, alegre de ser cristiano; debe vivir esta belleza de formar parte del Pueblo de Dios que es la Iglesia. ¿Nos abrimos nosotros a la acción del Espíritu Santo (...) o nos cerramos en nosotros mismos, diciendo: “Tengo mucho que hacer, no es tarea mía?”»¹⁸⁶. Y recientemente, al concluir la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, ha lanzado el mismo llamamiento con especial insistencia a la gente joven, cuando resumía su mensaje en tres palabras: «*Vayan, sin miedo, para servir*». Y explicaba: «Pero ¡cuidado! Jesús no ha dicho: si quieren, si tienen tiempo, vayan, sino que dijo: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos”. Compartir la experiencia de la fe, dar testimonio de la fe, anunciar el evangelio es el mandato que el Señor confía a toda la Iglesia, también a ti; es un mandato que no nace de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder, sino de la fuerza del amor, del hecho que Jesús ha venido antes a nosotros y (...) se nos dio todo Él, ha dado su vida para salvarnos»¹⁸⁷.

Un cristiano tibio, un cristiano pasivo, **no ha acabado de entender lo que Cristo quiere de todos nosotros. Un cristiano que vaya a lo suyo, despreocupándose de la salvación de los demás, no ama con el Corazón de Jesús. El apostolado no es misión exclusiva de la Jerarquía, ni de los sacerdotes o religiosos. A todos nos llama el Señor para ser instrumentos, con el ejemplo y la palabra, de esa corriente de gracia que salta hasta la vida eterna**¹⁸⁸. San Josemaría lo enseñó desde los primeros momentos de la fundación del Opus Dei, como parte importantísima de la misión eclesial que de Dios había recibido. Su mensaje, válido para todos, se dirigía más concretamente a los cristianos comunes; a aquellas mujeres y a aquellos hombres que, por vocación divina, se desenvuelven en medio de las realidades terrenas tratando de convertirlas en medios para la extensión del Reino de Dios. **Ten presente, hijo mío** –escribió ya en los años de 1930–, **que no eres solamente un alma que se une a otras almas para hacer una cosa buena.**

Esto es mucho..., pero es poco. –Eres el Apóstol que cumple un mandato imperativo de Cristo¹⁸⁹.

Dos condiciones principales se requieren para que la participación de los fieles en la misión apostólica de la Iglesia tenga fruto: docilidad a las mociones del Paráclito y estrecha unión con el Papa y los Obispos en comunión con la Sede Apostólica. Las dos resultan imprescindibles.

El Espíritu Santo es –como ya señaló Pablo VI– «el agente principal de la evangelización»¹⁹⁰, el impulsor del apostolado en nuestra vida personal y en la de todos en la Iglesia. Evangelizar es «la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar»¹⁹¹. Y cada cristiano, lo mismo: existimos para ir al Cielo llevando con nosotros a muchas otras personas. Hemos de recurrir al Paráclito pidiéndole luces y fuerzas para sacar adelante la tarea de la *nueva evangelización*, que a todos nos ha sido encomendada. «Para evangelizar, entonces, es necesario una vez más abrirse al horizonte del Espíritu de Dios, sin tener miedo de lo que nos pida y dónde nos guíe. ¡Encomendémonos a Él! Él nos hará capaces de vivir y testimoniar nuestra fe, e iluminará el corazón de quienes encontremos»¹⁹².

¡Qué gozo tan grande es propagar el conocimiento y el amor a Jesús! No aminoremos la marcha ante las posibles dificultades; por el contrario, como los primeros cristianos, cobijados bajo el manto de María,

empeñémonos más y más en ser altavoces del Paráclito en cualquier lugar donde nos encontremos: con nuestro comportamiento reciamente cristiano, con nuestra palabra oportuna dicha al oído de aquella persona que vacila, con la caridad con la que siempre hemos de tratar a todos.

La segunda condición es la unión con el Papa y los Obispos. Unión de intenciones y de plegarias. Os insisto siempre en esto porque sólo con Pedro y bajo Pedro, en unidad con el Colegio episcopal, serviremos con eficacia a la Iglesia. ***Contribuimos a hacer más evidente esa apostolicidad, a los ojos de todos, manifestando con exquisita fidelidad la unión con el Papa, que es unión con Pedro. El amor al Romano Pontífice*** –escribió nuestro Padre– ***ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo. Si tratamos al Señor en la oración, caminaremos con la mirada despejada que nos permita distinguir, también en los acontecimientos que a veces no entendemos o que nos producen llanto o dolor, la acción del Espíritu Santo***¹⁹³.

Encontraremos la fortaleza para ir sin recelos ni complejos a devolver el mundo a Cristo, amando particularmente al Señor en la Cruz. La fiesta de la Exaltación, fiesta de la Cruz gloriosa, nos indica precisamente esto: el camino de la gloria pasa por la aceptación voluntaria y gozosa de las contrariedades, físicas y morales, que el Señor permita en nuestra vida: ***per crucem ad lucem***, rezaba nuestro Padre. Con la presencia constante de María a nuestro lado, la Cruz se llena de alegría; en el madero florecen rosas –como en la cruz de palo de nuestros oratorios–, aunque a veces no falten las espinas. Pero, a pesar de nuestra poquedad, ¡resalta de modo estupendo el gozo de colaborar con Jesús en la salvación de las almas!

CONFIESO QUE HAY UN SOLO BAUTISMO PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS

Durante los últimos meses, hemos reflexionado en el misterio de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Pero, además, es nuestra Madre: *la Santa Madre Iglesia*, ya que en su seno nos ha engendrado el Espíritu Santo a la nueva existencia de los hijos de Dios. La misma Iglesia, como buena Madre amorosa, cuida constantemente de sus hijos *hasta que llegemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo*¹⁹⁴.

Sin embargo, y es un dolor que nos pesa, algunos –también entre los católicos– hablan de la Iglesia con despego, e incluso le achacan las culpas y defectos que sus hijos manifestamos en nuestra conducta, pues –a pesar de la dignidad recibida– seguimos siendo pobres mujeres y pobres hombres, inclinados al pecado. Muy distinto era el enfoque de los Santos Padres, o el de los millones de almas santas que la Iglesia ha conducido al Cielo. San Agustín, por ejemplo, exhortaba: «Amemos al Señor, nuestro Dios; amemos a su Iglesia. A Él como a Padre, a Ella como a Madre»¹⁹⁵. Y san Cipriano, dos siglos antes, proclamaba categóricamente: «No puede tener a Dios por Padre, quien no tiene a la Iglesia como Madre»¹⁹⁶.

Recientemente, el Papa Francisco ha expuesto de nuevo esta verdad de nuestra fe. «La fe es un regalo, es un don de Dios que se nos da en la Iglesia y a través de la Iglesia. Y la Iglesia nos da la vida de fe en el Bautismo: ese es el momento en el cual nos hace nacer como hijos de Dios»¹⁹⁷. La fecha en que fuimos regenerados en las aguas bautismales, en el nombre y por la virtud de la Santísima Trinidad, constituye una jornada muy importante en nuestra existencia terrena. Preguntémonos con el Santo Padre: «¿Cómo veo yo a la Iglesia? Si estoy agradecido a mis padres porque me han dado la vida, ¿estoy agradecido a la Iglesia porque me ha generado en la fe a través del Bautismo?»¹⁹⁸. En el Opus Dei, gracias a Dios y a los cuidados de san Josemaría, mantenemos una viva conciencia de esta realidad, que nos colma de gratitud. Porque la Obra –así lo recalcó Pablo VI en una carta manuscrita

dirigida a nuestro Padre, en un día como el de hoy— ha nacido en este tiempo nuestro «como expresión pujante de la perenne juventud de la Iglesia»¹⁹⁹. En unión con nuestro santo Fundador, y con tantos fieles de la Obra que ya han llegado a la Patria celestial, clamamos: ***¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!***²⁰⁰.

Prosiguiendo nuestras reflexiones sobre el Credo, en continuidad con lo que os acabo de escribir, nos fijamos hoy en el siguiente artículo de la fe: *confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados*²⁰¹. El motivo de que se nos proponga este artículo al final del Credo no es indiferente. «El Símbolo de los Apóstoles vincula la fe en el perdón de los pecados a la fe en el Espíritu Santo, pero también a la fe en la Iglesia y en la Comunión de los santos. Cristo resucitado, al dar el Espíritu Santo a sus Apóstoles, les confirió su propio poder divino de perdonar los pecados: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 22-23)»²⁰².

La Iglesia custodia en plenitud los medios de santificación instituidos por Jesucristo. Las palabras y las acciones de Nuestro Señor durante su vida terrena estaban repletas de contenido salvífico, y no sorprende —más aún, nos parece lógico— que las turbas se acercaran a Jesús deseando oírle y tocarle, *porque salía de Él una fuerza que sanaba a todos*²⁰³. Esas palabras y esas acciones anunciaban y anticipaban la eficacia de su misterio pascual, con el que vencería definitivamente al demonio, al pecado y a la muerte, y preparaban lo que Él transmitiría a la Iglesia cuando todo tuviese su cumplimiento. «Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de la Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque “lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios”»²⁰⁴.

Los sacramentos confieren la gracia que significan. ***¿Que son los sacramentos*** —escribía nuestro Padre en 1967— ***sino huellas de la encarnación del Verbo divino, clara manifestación del modo que Dios —nadie sino Él podía hacerlo— ha elegido y determinado para santificarnos y llevarnos al Cielo, instrumentos sensibles de los que el Señor se sirve para conferirnos realmente la gracia, según la significación propia de cada uno?***²⁰⁵.

¡Qué agradecidos hemos de estar a nuestra Santa Madre Iglesia por conservar y ofrecernos este tesoro con plena fidelidad a Jesucristo! ¡Y cómo hemos de protegerlo y defenderlo en toda su integridad! Particularmente damos gracias por el Bautismo, que nos ha introducido en la gran familia de los hijos de Dios. Recibirlo cuanto antes adquiere una importancia capital, porque este sacramento –o su deseo, al menos implícito– resulta necesario para alcanzar la salvación: *si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*²⁰⁶, anunció Jesús a Nicodemo. Ciertamente, como expone la doctrina de la Iglesia, el Espíritu Santo puede actuar, y de hecho actúa, también fuera de los confines visibles de la Iglesia. Pero Dios mismo ha establecido que el modo ordinario de participar en la muerte y resurrección de Cristo, por la que somos salvados, es fruto de la incorporación a la Iglesia mediante el Bautismo; y, en consecuencia, «la práctica de bautizar a los niños pequeños es una tradición inmemorial de la Iglesia»²⁰⁷. También leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La pura gratuidad de la gracia de la salvación se manifiesta particularmente en el bautismo de niños. Por tanto, la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios, si no le administraran el Bautismo poco después de su nacimiento»²⁰⁸. Y concluye: «Los padres cristianos deben reconocer que esta práctica corresponde también a su misión de alimentar la vida que Dios les ha confiado»²⁰⁹.

El Bautismo no sólo perdona los pecados e infunde la primera gracia, sino que es la puerta de los demás sacramentos y así hace posible que los cristianos se configuren más y más con Jesucristo hasta llegar a identificarse con Él. En todos los bautizados, niños y adultos, la fe, la esperanza y la caridad han de crecer después del Bautismo; y esto se lleva a cabo en la Iglesia, depositaria –como ya he anotado– de los medios de salvación. Así se expresaba el Papa en una de sus catequesis del mes pasado. Una madre –decía– «no se limita a dar la vida, sino que, con gran cuidado, ayuda a crecer a sus hijos, les da la leche, los alimenta, les enseña el camino de la vida, los acompaña siempre con sus atenciones, con su afecto, con su amor, incluso cuando son mayores. Y en esto sabe también corregir, perdonar, comprender; sabe estar cerca en la enfermedad, en el sufrimiento...»²¹⁰. Del mismo modo se comporta la Iglesia con los hijos que ha engendrado por medio del Bautismo: «Acompaña nuestro crecimiento transmitiendo la Palabra de Dios (...) y administrando los

sacramentos. Nos alimenta con la Eucaristía, nos da el perdón de Dios a través del sacramento de la Penitencia, nos sostiene en el momento de la enfermedad con la Unción de los enfermos. La Iglesia nos acompaña en toda nuestra vida de fe, en toda nuestra vida cristiana»²¹¹.

¡Qué grande es la misericordia de nuestro Padre Dios! Conociendo que somos débiles y que –a pesar de nuestra buena voluntad– caemos una y otra vez en pecados y faltas, ha confiado a su Esposa el sacramento del perdón «en favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia; ante todo para los que, después del Bautismo, hayan caído en el pecado grave y así hayan perdido la gracia bautismal y lesionado la comunión eclesial»²¹². Este sacramento también perdona los pecados veniales y las faltas, infunde nuevas fuerzas para la pelea interior y se nos presenta –así decían los Padres de la Iglesia– como «la segunda tabla (de salvación) después del naufragio que es la pérdida de la gracia»²¹³.

Recuerdo el gran amor de san Josemaría al sacramento de la Reconciliación –el **sacramento de la alegría**, le gustaba llamarlo–, y cómo animaba a recibirlo con frecuencia, impulsando a hacer un constante *apostolado de la Confesión*. Me limito ahora a reproducir unas palabras suyas, durante una reunión de catequesis con muchas personas.

¡A confesar, a confesar, a confesar! Que Cristo ha derrochado misericordia con las criaturas. Las cosas no marchan, porque no acudimos a Él, a limpiarnos, a purificarnos, a encendernos. Mucho lavoteo, mucho deporte... ¡Bien, maravilloso! ¿Y ese otro deporte del alma? ¿Y estas duchas que nos regeneran, que nos limpian y nos purifican y nos encienden? ¿Por qué no vamos a recibir esa gracia de Dios? Al Sacramento de la Penitencia y a la Sagrada Comunión. ¡Id, id! Pero no os acerquéis a la Comunión si no estáis seguros de la limpieza de vuestra alma²¹⁴.

Insistía en otro momento: ***hijos míos, llevad a confesar a vuestros amigos, a vuestros parientes, a las personas que amáis. Y que no tengan miedo. Si han de cortar algo, lo cortarán. Decidles que no bastará acudir una vez sola a la Confesión, que necesitarán ir muchas, con frecuencia; como, cuando se llega a una cierta edad, o cuando hay una circunstancia de enfermedad, no se va una sola vez al médico, sino a menudo; y se consulta con frecuencia, y toman la presión y hacen análisis. Pues lo mismo, lo mismo con el alma (...).***

¡El Señor está esperando a muchos para que se den un buen baño en el Sacramento de la Penitencia! Y les tiene preparado un gran banquete, el de las bodas, el de la Eucaristía; el anillo de la alianza y de la fidelidad y de la amistad para siempre. ¡Que vayan a confesar! (...). ¡Que sea mucha la gente que se acerque al perdón de Dios!²¹⁵.

ESPERO LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS Y LA VIDA DEL MUNDO
FUTURO. AMÉN

Dentro de pocas semanas termina el Año de la fe: el Santo Padre lo clausurará el próximo día 24, en la solemnidad de Cristo Rey. En esta circunstancia os invito a releer unas palabras que escribió nuestro Padre en una de sus homilías: ***al recitar el Credo, profesamos creer en Dios Padre todopoderoso, en su Hijo Jesucristo que murió y fue resucitado, en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida. Confesamos que la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, es el cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo. Nos alegramos ante la remisión de los pecados, y ante la esperanza de la resurrección futura. Pero, esas verdades ¿penetran hasta lo hondo del corazón o se quedan quizá en los labios?***²¹⁶.

La solemnidad de Todos los Santos, que celebramos hoy, y la conmemoración de los fieles difuntos, mañana, constituyen una invitación a tener presente nuestro destino eterno. Estas fiestas litúrgicas reflejan los últimos artículos de fe. En efecto, «el Credo cristiano –profesión de nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su acción creadora, salvadora y santificadora– culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al fin de los tiempos, y en la vida eterna»²¹⁷.

En pocas palabras, el Credo resume los novísimos o postrimerías, las *cosas últimas* –a nivel individual y a nivel colectivo– que acaecerán a cada persona y al universo entero. Ya la recta razón es capaz de intuir que, tras la vida terrena, hay un *más allá* en el que se restablecerá plenamente la justicia, tantas veces violada aquí abajo. Pero sólo a la luz de la revelación divina –y, especialmente, con la claridad de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo– estas verdades adquieren contornos nítidos, aunque continúen envueltas en un velo de misterio.

Gracias a las enseñanzas de Nuestro Señor, las realidades últimas pierden el sentido tétrico y fatalista que muchos hombres y mujeres han tenido y tienen a lo largo de la historia. La muerte corporal es un hecho evidente a todos, pero en Cristo adquiere un sentido nuevo. No es sólo una

consecuencia de ser criaturas materiales, con un cuerpo físico que naturalmente tiende a la disgregación, y no se queda tan sólo –como ya revelaba el Antiguo Testamento– en un castigo del pecado. Escribe san Pablo: *para mí, el vivir es Cristo, y el morir una ganancia*. Y en otro momento añade: *podéis estar seguros: si morimos con Él, también viviremos con Él*²¹⁸. «La novedad esencial de la muerte cristiana está ahí: por el Bautismo, el cristiano está ya sacramentalmente “muerto con Cristo”, para vivir una vida nueva; y si morimos en la gracia de Cristo, la muerte física consuma este “morir con Cristo” y perfecciona así nuestra incorporación a Él en su acto redentor»²¹⁹.

La Iglesia es Madre en todo momento. Nos regeneró en las aguas del Bautismo comunicándonos la vida de Cristo y, al mismo tiempo, la promesa de la inmortalidad futura; luego, mediante los demás sacramentos – especialmente la Confesión y la Eucaristía– se ocupó de que ese “estar” y “caminar” en Cristo se desarrollara en nuestras almas; después, cuando llega la enfermedad grave y, sobre todo, en el trance de la muerte, se inclina de nuevo sobre sus hijas e hijos y nos fortalece mediante la Unción de los enfermos y la Comunión a manera de viático: nos provee de todo lo necesario para afrontar llenos de esperanza y de paz gozosa ese último viaje que terminará, con la gracia de Dios, en los brazos de nuestro Padre celestial. Se explica así que san Josemaría, como tantos santos antes y después de él, hablando de la muerte cristiana, haya escrito unas palabras claras y optimistas: ***no tengas miedo a la muerte. –Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. –No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. –¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!***²²⁰.

Me viene el pensamiento de tantas personas –mujeres y hombres del Opus Dei, y parientes suyos, amigos y cooperadores– que en estos momentos están a punto de rendir el alma a Dios. Para todas y para todos pido la gracia de un tránsito santo, lleno de paz, en estrecha identificación con Jesucristo. «El Señor resucitado es la esperanza que nunca decae, que no defrauda (cfr. *Rm* 5, 5) (...). Cuántas veces en nuestra vida las esperanzas se desvanecen, cuántas veces las expectativas que llevamos en el corazón no se realizan. Nuestra esperanza de cristianos es fuerte, segura,

sólida en esta tierra, donde Dios nos ha llamado a caminar, y está abierta a la eternidad, porque está fundada en Dios, que es siempre fiel»²²¹.

Os propongo que, a lo largo de este mes dedicado a los fieles difuntos, releáis y meditéis los párrafos que el *Catecismo de la Iglesia Católica* dedica a los novísimos. Sacaréis motivos de esperanza y de optimismo sobrenatural, y un impulso nuevo en la pelea espiritual de cada jornada. Incluso las visitas a los cementerios, que en estas semanas se repiten como una tradición piadosa en muchos lugares, pueden convertirse en ocasiones para que quienes tratamos apostólicamente consideren las verdades eternas, y busquen más y más a este Dios nuestro que nos sigue y nos llama con ternuras de Padre.

Con la muerte concluye el tiempo de realizar buenas obras y de merecer ante Dios, e inmediatamente tiene lugar el juicio personal de cada uno. En efecto, forma parte de la fe de la Iglesia que «cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre»²²².

La materia principal de este juicio versará sobre el amor a Dios y al prójimo, manifestado en el cumplimiento fiel de los mandamientos y de los deberes de estado. Hoy día, mucha gente elude considerar esta realidad, como si así pudieran evitar el justo juicio de Dios, que siempre está impregnado de misericordia. Los hijos de Dios ***no debemos tener miedo a la vida ni miedo a la muerte***, como se expresaba san Josemaría. Si estamos firmemente anclados en nuestra fe; si acudimos al Señor, contritos, en el sacramento de la Penitencia, después de haberle ofendido o para purificar nuestras imperfecciones; si recibimos con frecuencia el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, no habrá lugar para temer ese momento. Consideremos lo que escribió nuestro Padre hace muchos años: ***“Me hizo gracia que hable usted de la «cuenta» que le pedirá Nuestro Señor. No, para ustedes no será Juez –en el sentido austero de la palabra– sino simplemente Jesús”. –Esta frase, escrita por un Obispo santo, que ha consolado más de un corazón atribulado, bien puede consolar el tuyo*** ²²³.

Además –y es para llenarse de mayor gozo–, tampoco después de la muerte la Iglesia abandona a sus hijos: en cada Misa intercede, como buena Madre, por las almas de los fieles difuntos, para que sean admitidas en la

gloria. Especialmente en noviembre, su solicitud le impulsa a intensificar los sufragios. En la Obra *–partecica* de la Iglesia– hacemos amplio eco a ese deseo, cumpliendo con cariño y agradecimiento las recomendaciones de san Josemaría para estas semanas, ofreciendo con generosidad el Santo Sacrificio y la Sagrada Comunión por los fieles del Opus Dei, por nuestros parientes y cooperadores difuntos, y por todas las almas del Purgatorio. ¿Veis cómo la consideración de los novísimos no tiene nada de triste, sino que es fuente de gozo sobrenatural? Con plena confianza aguardamos la llamada definitiva de Dios y la consumación del mundo en el último día, cuando Cristo vendrá acompañado de todos los ángeles a tomar posesión de su reino. Entonces tendrá lugar la resurrección de todos los hombres y de todas las mujeres que han poblado la tierra, desde el primero hasta el último.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que éste «ha sido desde sus comienzos un elemento esencial de la fe cristiana»²²⁴. Por eso, desde el principio, encontró incomprendimientos y oposiciones. Ocurre que «se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?»²²⁵. Y realmente así sucederá al final de los tiempos, por la omnipotencia de Dios, como afirma explícitamente el Símbolo Atanasiano: «Todos los hombres resucitarán con sus cuerpos, y cada uno rendirá cuenta de sus propios hechos. Y los que hicieron el bien gozarán de vida eterna, pero los que hicieron el mal irán al fuego eterno»²²⁶.

La condescendencia amorosa de nuestro Padre Dios causa maravilla. Nos creó como seres compuestos de alma y cuerpo, de espíritu y materia, y es su designio que así volvamos a Él, para gozar eternamente de su bondad, de su belleza, de su sabiduría, en la vida futura. Una criatura nos ha precedido en esta resurrección gloriosa, por singular designio del Señor: la Santísima Virgen, Madre de Jesús y Madre nuestra, asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo. ¡Otro motivo más de esperanza y de confiado optimismo!

Tengamos muy presentes estas promesas divinas, que no pueden fallar, sobre todo en los momentos de dolor, de cansancio, de sufrimiento... Fijaos cómo se expresaba san Josemaría, predicando en una ocasión sobre los novísimos: ***Señor, creo que resucitaré; creo que mi cuerpo volverá a***

unirse con mi alma, para reinar eternamente contigo: por tus méritos infinitos, por la intercesión de tu Madre, por la predilección que has tenido conmigo²²⁷. Deseo que no penséis que esta carta es, en el menor grado, pesimista; al contrario, nos trae a la memoria que nos aguarda el abrazo de Dios, si somos fieles.

Después de la resurrección de los muertos tendrá lugar el juicio final. Nada cambiará respecto a lo que ya fue decidido en el juicio particular, pero entonces «nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final –concluye el *Catecismo de la Iglesia Católica*– revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte»²²⁸.

Naturalmente, nadie sabe cuándo ni cómo sobrevendrá este último acontecimiento de la historia, ni la renovación del mundo material que lo acompañará: es algo que Dios tiene reservado en su providencia. A nosotros nos corresponde velar, porque –como muchas veces anunció el Señor– *no sabéis el día ni la hora*²²⁹.

En una de las catequesis sobre el Credo, el Papa Francisco exhorta a que la meditación del juicio «jamás nos dé temor, sino que más bien nos impulse a vivir mejor el presente. Dios nos ofrece con misericordia y paciencia este tiempo para que aprendamos cada día a reconocerle en los pobres y en los pequeños; para que nos empleemos en el bien y estemos vigilantes en la oración y en el amor»²³⁰. La meditación de las verdades eternas se hace más sobrenatural en nosotros por el *santo temor de Dios*, don del Espíritu Santo que nos impulsa –como comentaba san Josemaría– a aborrecer el pecado en todas sus formas, pues es lo único que puede alejarnos de los planes misericordiosos de nuestro Padre Dios.

Hijas e hijos míos, consideremos a fondo estas verdades últimas. Aumentará así nuestra esperanza, nos llenaremos de optimismo ante las dificultades, nos levantaremos una y otra vez de nuestras pequeñas o no tan pequeñas caídas –Dios no nos niega su gracia–, ante el pensamiento de la bienaventuranza eterna que Jesucristo nos ha prometido, si le somos fieles. «Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama “el cielo”. El cielo es el fin último y la realización de las

aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha»²³¹.

El cielo: “ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron a hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman”.

¿No te empujan a luchar esas revelaciones del apóstol?»²³².

Me atrevo a añadir: ¿piensas con frecuencia en el cielo? ¿Eres persona llena de esperanza, pues el Señor te ama con su infinitud? Elevemos el corazón a la Santísima Trinidad, que no deja ni dejará jamás de acompañarnos.

* * *

El Credo se termina con la palabra *Amén*, vocablo hebreo con el que la Iglesia finaliza sus oraciones. Expresa «la solidez, la fiabilidad, la fidelidad. De esta manera se comprende porqué el “*Amén*” puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en Él (...).

»Así pues, el “*Amén*” final del Credo recoge y confirma su primera palabra: “*Creo*”. Creer es decir “*Amén*” a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de Él, que es el *Amén* de amor infinito y de perfecta fidelidad. La vida cristiana de cada día será también el “*Amén*” al “*Creo*” de la profesión de fe de nuestro Bautismo: “Que tu símbolo sea para ti como un espejo. Mírate en él: para ver si crees todo lo que debes creer. Y regocíjate todos los días en tu fe” (San Agustín, Sermón 58, 11, 13 (PL 38, 399))»²³³

Notas

¹ Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 17-X-2012.

² *Ibid.*

³ San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 5.

⁴ *Ibid.*

⁵ Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 17-X-2012.

⁶ San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 42.

⁷ Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 17-X-2012.

- 8 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 9 San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 55.
- 10 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 36-38.
- 11 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 234.
- 12 *Ibid.*, n. 237.
- 13 San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 55.
- 14 San Josemaría, *Forja*, n. 296.
- 15 *Ibid.*
- 16 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 10-X-2012.
- 17 San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 59.
- 18 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 222-227.
- 19 Pablo VI, *Professio fidei* (“Credo del Pueblo de Dios”), 30-VI-1968, n. 8
- 20 *Fides Dámasi* (DS 71). Símbolo de la fe atribuido al Papa san Dámaso.
- 21 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 254. El texto citado proviene del Concilio XI de Toledo, año 675 (DS 530).
- 22 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 23 Beato Juan Pablo II, Discurso en la audiencia general, 6-XI-1985, n. 3.
- 24 1 *Tm* 6, 16.
- 25 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 7-XI-2012.
- 26 San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* 2, 30, 9 (PG 7, 822).
- 27 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 292; cfr. san Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* 4, 20, 1 (PG 7, 1032).
- 28 *Jn* 1, 1-3.
- 29 Cfr. *Gn* 1, 26.
- 30 San Josemaría, *Notas de una reunión familiar*, 1-I-1973.
- 31 San Josemaría, *Carta 11-III-1940*, n. 3.
- 32 Benedicto XVI, *Palabras en el Ángelus*, 18-XI-2012.

- 33 Liturgia de las Horas, Vísperas del 17 de diciembre, *Antífona ad Magníficat*.
- 34 Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.
- 35 1 *Jn* 3, 1.
- 36 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 66.
- 37 Misal Romano, Solemnidad de Santa María Madre de Dios, Segunda lectura (*Gal* 4, 4-5).
- 38 San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1973.
- 39 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 13.
- 40 *Mt* 2, 11.
- 41 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, q. 82, a. 3 ad 2.
- 42 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 43 *Mt* 1, 21.
- 44 *Jn* 3, 16.
- 45 San Josemaría, Notas de una conversación, 25-X-1973.
- 46 *Jn* 1, 14.
- 47 Cfr. *Hb* 4, 15.
- 48 San Josemaría, *Conversaciones*, n. 26.
- 49 *Lc* 1, 35.
- 50 *Lc* 1, 38.
- 51 San Josemaría, *Camino*, n. 512.
- 52 *Catecismo de la Iglesia Católica*. n. 460. La cita proviene de san Ireneo de Lyon, *Contra las herejías*, 3, 19, 1 (PG VII/1, 939).
- 53 Símbolo *Quicumque* o Atanasiano, 30-36.
- 54 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 13.
- 55 *Flp* 2, 6-7.
- 56 Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.
- 57 Beato Juan Pablo II, Discurso en la audiencia general, 6-XI-1996.
- 58 *Mt* 11, 25-26.

- 59 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 33.
- 60 *Lc* 1, 48.
- 61 Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas del 17-XII-2009.
- 62 Cfr. San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 294.
- 63 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 2-I-2013.
- 64 San Josemaría, Notas de una meditación, 25-XII-1972.
- 65 Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.
- 66 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 9-I-2013.
- 67 *Jn* 14, 6.
- 68 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 533.
- 69 Cfr. Benedicto XVI, Exhort. apost. *Verbum Domini*, 30-IX-2010, n. 48.
- 70 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 148.
- 71 Oración a san Josemaría.
- 72 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 9-I-2013.
- 73 Misal Romano, *Credo* (Símbolo apostólico).
- 74 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 599.
- 75 *Jn* 10, 17-18.
- 76 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 95.
- 77 *Gal* 2, 20.
- 78 *2 Cor* 5, 21.
- 79 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 8-IV-2009.
- 80 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 624.
- 81 *Ibid.*, n. 633.
- 82 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 95.
- 83 *Ibid.*, n. 96.
- 84 Benedicto XVI, Discurso en la audiencia general, 4-IV-2007.

- 85 San Josemaría, *Vía Crucis*, prólogo.
- 86 *Ibid.*
- 87 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 88 Misal Romano, Prefacio I de Pascua.
- 89 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 639.
- 90 1 *Cor* 15, 3-5.
- 91 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 646.
- 92 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 102.
- 93 *Ap* 1, 13-16.
- 94 1 *Jn* 3, 18.
- 95 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 111.
- 96 San Josemaría, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 57.
- 97 San Josemaría, *Instrucción*, mayo-1935/14-IX-1950, nota 146.
- 98 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 111.
- 99 Cfr. *Jn* 13, 34-35.
- 100 *Jn* 20, 20.
- 101 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 102 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 665.
- 103 *Hch* 1, 3.
- 104 *Lc* 24, 46-48.
- 105 San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 29-X-1972.
- 106 San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 3-XI-1972.
- 107 *Lc* 24, 50-51.
- 108 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 17-IV-2013.
- 109 Cfr. *Jn* 14, 2-3.
- 110 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 666.

- 111 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 17-IV-2013.
- 112 *Jn* 14, 6.
- 113 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 19.
- 114 *Lc* 24, 52-53.
- 115 Cfr. *Jn* 16, 6.
- 116 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 17-IV-2013.
- 117 *Ibid.*
- 118 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 121.
- 119 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 120 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 673.
- 121 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 24-IV-2013.
- 122 *Lc* 24, 29.
- 123 San Josemaría, *Camino*, n. 745.
- 124 *Ibid.*, n. 746.
- 125 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 672.
- 126 Cfr. *Mt* 25, 14-30.
- 127 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 24-IV-2013.
- 128 San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias*, 57, en *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1022.
- 129 Cfr. *Mt* 25, 31-46.
- 130 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 24-IV-2013.
- 131 *1 Tm* 2, 4.
- 132 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 133 Símbolo *Quicumque* o Atanasiano, 20-22.
- 134 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 254.
- 135 Misal Romano, solemnidad de Pentecostés, *Secuencia*.
- 136 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 128.

- 137 Cfr. *Jn* 4, 10-13; 7, 37-39.
- 138 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 8-V-2013.
- 139 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 134.
- 140 San Josemaría, Apunte manuscrito, abril de 1934.
- 141 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 766.
- 142 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 4.
- 143 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 144 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 145 San Josemaría, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.
- 146 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 29-V-2013.
- 147 San Josemaría, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.
- 148 San Josemaría, *Camino*, n. 517.
- 149 San Cipriano, *La oración dominical* 23 (PL 4, 553).
- 150 Pablo VI, Símbolo de fe (*Credo del Pueblo de Dios*), 30-VI-1967, n. 22.
- 151 *Ibid.*, n. 23.
- 152 1 *Tm* 2, 4.
- 153 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 16.
- 154 San Josemaría, Homilía *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972. Cfr. Santo Tomás de Aquino, *S. Th.* III, q. 62, a. 1 y q. 61, a. 2.
- 155 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 17.
- 156 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 12-VI-2013.
- 157 *Ibid.*
- 158 Benedicto XVI, Carta apost. *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 13.
- 159 Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 781-810.
- 160 1 *Pe* 2, 9.
- 161 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 162 Cfr. *Mt* 13, 24-30; 47-50.

- 163 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 164 *Ibid.*
- 165 Pablo VI, Solemne profesión de fe (*Credo del Pueblo de Dios*), 30-VI-1968, n. 19.
- 166 *Ibid.*
- 167 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 19-VI-2013.
- 168 *Ibid.*
- 169 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 26-VI-2013.
- 170 *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 195.
- 171 San Josemaría, *Camino*, n. 544.
- 172 *Ibid.*, n. 549.
- 173 Cfr. *Hb* 7, 25.
- 174 Cfr. *Ef* 5, 27.
- 175 Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen géntium*, n. 65.
- 176 San Josemaría, *Camino*, n. 516.
- 177 Pablo VI, Discurso en la clausura de la tercera etapa conciliar, 21-XI-1964, n. 25.
- 178 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 869.
- 179 Cfr. *Jn* 2, 11; *Mc* 3, 13-15.
- 180 Cfr. *Jn* 19, 26-27.
- 181 Cfr. *Hch* 1, 12-14.
- 182 San Máximo el Confesor, *Vida de María VIII*, 97 (“Testi mariani del primo millennio”, Roma 1989, vol. 2, p. 260).
- 183 *Hch* 9, 15.
- 184 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 863.
- 185 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 186 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 26-VI-2013.
- 187 Papa Francisco, Homilía en la Misa de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, Río de Janeiro, 28-VII-2013.

- 188 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 189 San Josemaría, *Camino*, n. 942.
- 190 Pablo VI, Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 75.
- 191 *Ibid.*, n. 14.
- 192 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 22-V-2013.
- 193 San Josemaría, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.
- 194 *Ef* 4, 13.
- 195 San Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos* 88, 2, 14 (PL 37, 1140).
- 196 San Cipriano, *Sobre la unidad de la Iglesia católica*, 6 (PL 4, 519).
- 197 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 11-IX-2013.
- 198 *Ibid.*
- 199 Pablo VI, *Quirógrafo a san Josemaría*, 1-X-1964.
- 200 San Josemaría, *Camino*, n. 518.
- 201 Misal Romano, *Credo* (Símbolo niceno-constantinopolitano).
- 202 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 976.
- 203 *Lc* 6, 19.
- 204 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1115. Cfr. San León Magno, *Sermón* 74, 2 (PL 54, 398).
- 205 San Josemaría, *Carta 19-III-1967*, n. 74.
- 206 *Jn* 3, 5.
- 207 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1252.
- 208 *Ibid.*, n. 1250. Cfr. CIC can. 867.
- 209 *Ibid.*, n. 1251.
- 210 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 11-IX-2013.
- 211 *Ibid.*
- 212 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1446.
- 213 *Ibid.*, citando al Concilio de Trento y a Tertuliano.

- 214 San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 2-VII-1974.
- 215 San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 6-VII-1974.
- 216 San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 129.
- 217 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 988.
- 218 *Flp* 1, 21 y 2 *Tm* 2, 11.
- 219 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1010.
- 220 San Josemaría, *Camino*, n. 739.
- 221 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 10-IV-2013.
- 222 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1022,
- 223 San Josemaría, *Camino*, n. 168.
- 224 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 991.
- 225 *Ibid.*, n. 996.
- 226 Símbolo *Quicumque* o Atanasiano, 38-39.
- 227 San Josemaría, Notas de una meditación, 13-XII-1948.
- 228 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1040.
- 229 *Mt* 25, 13.
- 230 Papa Francisco, Discurso en la audiencia general, 24-IV-2013.
- 231 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1024.
- 232 San Josemaría, *Camino*, n. 751.
- 233 *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1062 y 1064.

[Compartir este libro...](#)

Copyright © PRELATURA DEL OPUS DEI

Oficina de Información
del Opus Dei, 2013

www.opusdei.org
www.opusdei.org/movil